

MANIFIESTO
DE LAS ESPECIES DE
COMPañIA:
Perros, gentes y
otredad significativa

Donna Haraway

Donna Haraway

MANIFIESTO
DE LAS ESPECIES DE
COMPañIA:
Perros, gentes y
otredad significativa

Donna Haraway

Título original: Haraway, Donna J.: *The Companion Species Manifesto: Dogs, People, and Significant Otherness*, Chicago: Prickly Paradigm Press, 2003.

Obra editada bajo licencia Creative Commons 3.0: Reconocimiento - No Comercial - Sin Obra Derivada (by-nc-nd).

Se reproduce bajo las mismas condiciones

Arte de tapa: Fer Guaglianone

Composición realizada sobre foto de su autoría de *frida*.

Traducción: Isabel Mellén (2016) para Sans Soleil Ediciones.

Revisión de la traducción: gabi herczeg

Interiores y cuidado de la edición: fabi tron

bocavulvaria ediciones



Córdoba – Argentina

Marzo 2017

Este ejemplar fue realizado íntegramente en los talleres de bocavulvaria ediciones. Encuadernación artesanal.

Donna Haraway

**Una de las especies de compañía de esta editorial, las tortas
multigeográficas hacedoras de bocavulvaria desean dedicar este libro a:**

*A Lola y Chía, hipnóticas y seductoras gatas negras, una sureña, la otra platense,
porque en sus enérgicos ronroneos y en la versatilidad de sus lenguas ásperas vibra la
vida de un poema, ese que por azar y obstinación, siempre es inacabado.*

val flores

*Pensando en Pipo Fernández, el manto negro mezcla con coli, quien con su dulzura
extrema revirtió mi "fobia perruna". Amando a Ejo, mi marica renal que me hizo llorar
de empatía desvaneciendo mi "asco felino". Aprendiendo de Lío, quien con su
pedagogía mimosa me muestra otros modos posibles de vida en compañía.
Extrañando a Fridita, pura inspiración amatoria en cada verano cordobés.*

Fer Guaglianone

*A Coco y Natalio los dos canes que, en dosis diferenciales, me ayudaron a explorar el
desapego y la descarada ternura.*

Bilem

A Frida, por enseñarme otro lenguaje y por el placer del juego cotidiano compartido.

fabi tron

*A Topo, perro de nadie y de todxs, corriendo a esperarme un pueblo que ya no está y
a lxs que le siguieron y a lxs que vendrán.*

gabi herczeg

en el jardín, sola

*sus pelos sus tendones
sus puras vidas felinas y distantes*

*y el verde
la representación de lo sacro:
podrido hediondo naciente*

*yo misma estoy
como parte de tus ciclos, mama (tus idas y venidas),
 tus tiempos
 y los míos*

*no estás: a menos que llueva
y los golpes de las gotas
(el deseo
los deseos)
una sobre la otra
you
una sobre la otra
sí & yes I said
 yes I will
 yes*

Gabriela Adelstein

Manifiesto de las especies de compañía

Índice

I NATUROCULTURAS EMERGENTES	1 - 24
Aprehensiones	6
Compañeros	10
Especies	14
II RELATOS DE EVOLUCIÓN	25 - 32
III RELATOS DE AMOR	33 - 40
IV RELATOS DE ENTRENAMIENTO	41 - 62
Servidumbre positiva	44
Ruda belleza	48
Aprendiz de agility	55
El relato del juego	57
V RELATOS DE RAZA	63 - 101
Perro de montaña de los Pirineos	65
Pastores australianos	81
Una categoría propia	88
BIBLIOGRAFÍA	102 - 106

I Naturoculturas emergentes

De Notes of a Sports Writers Daughter [Notas de la hija de un periodista deportivo]:

La Srta. Cayenne Pepper continúa colonizando todas mis células —un claro ejemplo de lo que la bióloga Lynn Margulis llama simbiogénesis—. Apuesto a que, si revisaras nuestro ADN, encontrarías potentes transfecciones entre nosotras. Su saliva debe tener los vectores virales. Seguramente, sus besos de labios humedecidos han sido irresistibles. A pesar de que compartimos ubicación en el filo de los vertebrados, habitamos no sólo distintos géneros y familias divergentes, sino órdenes totalmente diferentes.

¿Cómo podríamos organizar las cosas? Cánido, homínido; mascota, profesora; perra, mujer; animal, humana; atleta, entrenadora. Una de nosotras tiene un microchip inyectado bajo la piel de su cuello para su identificación; la otra tiene una foto en el carnet de conducir de California. Una de nosotras tiene un registro escrito de sus antepasados de veinte generaciones; la otra no conoce el nombre de pila de sus bisabuelos. Una de nosotras, producto de una vasta mezcla genética, es llamada “de

pura raza". La otra, igualmente producto de una vasta mezcla, es llamada "blanca". Cada uno de estos nombres designa un discurso racial y ambas heredamos sus consecuencias en nuestras carnes.

Una de nosotras está en la cúspide del éxito ardiente, juvenil y físico; la otra está saludable, pero va cuesta abajo. Y jugamos a un juego de equipo llamado agility en las mismas tierras expropiadas a los nativos donde los antepasados de Cayenne pastoreaban a las ovejas merinas. Estas ovejas fueron importadas desde la, en ese momento, colonial, economía pastoril de Australia para alimentar a los participantes de la Fiebre del Oro del 49 de California. Entre estratos de historia, estratos de biología y estratos de naturoculturas, la complejidad es el quid de la cuestión. Somos hambre de libertad producto de la conquista y también resultado de asentamientos de colonos blancos, saltando obstáculos y atravesando túneles en el campo de juego.

Estoy segura de que nuestros genomas son más parecidos de lo que deberían. Debe haber algún registro molecular de nuestro contacto en los códigos de la vida, que dejarán rastros en el mundo, sin importar que cada una de nosotras sea una hembra reproductivamente silenciada: una por la edad, la otra por la cirugía. Su lengua veloz y ágil de pastor ovejero australiano rojo merlé ha hecho un frotis en el tejido de mis amígdalas, con todos esos ansiosos receptores del sistema inmunológico. Quién sabe adónde llevaron mis receptores químicos sus mensajes o qué cogió ella de mi sistema celular para distinguirse a sí misma de mí y conectar el exterior con el interior.

Hemos tenido conversaciones prohibidas; hemos tenido relaciones orales; estamos unidas al contar relatos tras relatos sin nada más que los hechos. Nos estamos entrenando mutuamente en actos de comunicación que apenas entendemos. Somos, constitutivamente, especies de

compañía. Nos constituimos la una a la otra, en carne y hueso. Significativamente distintas la una de la otra, con diferencias específicas, representamos en carne y hueso una repugnante infección evolutiva llamada amor. Este amor es una aberración histórica y una herencia naturocultural.

Este manifiesto explora dos cuestiones que oscilan entre esta aberración y la herencia: 1) ¿cómo podrían aprenderse una ética y una política comprometidas con la prosperidad de la otredad significativa tomando en serio las relaciones entre perros y humanos?; y 2) ¿cómo podrían los relatos sobre los mundos de perros y humanos convencer finalmente a los alienados estadounidenses, y quizá a otras gentes con menos dificultades para comprender la historia, de que ésta afecta a las naturoculturas?

El manifiesto de las especies de compañía es un documento personal, una incursión académica en demasiados territorios conocidos a medias, un acto político de esperanza en un mundo al borde de la guerra global y un trabajo en permanente ejecución, en principio. Ofrezco fundamentaciones roídas por perros y argumentos a medio entrenar para remodelar algunos relatos que me preocupan mucho, como académica y como persona en mi tiempo y en mi lugar. Este relato va principalmente sobre perros. Apasionadamente comprometida con estas explicaciones, deseo llevar a mis lectores a la cucha de por vida. Pero deseo también que incluso los perrofóbicos —o simplemente aquellos con sus mentes ocupadas en cosas más elevadas— encuentren argumentos y relatos que conciernan a los mundos en los que ya podríamos estar viviendo. Las prácticas y los actores en los mundos perrunos, tanto humanos como no, deberían ser una de las

preocupaciones principales de los estudios tecnocientíficos. Aún más importante para mí: deseo que mis lectores sepan por qué considero que la escritura sobre perros es una rama de la teoría feminista, o viceversa.

Este no es mi primer manifiesto; en 1985 publiqué *El Manifiesto Cíborg* para tratar de darle un sentido feminista a las implosiones de la vida contemporánea en torno a la tecnociencia. Los cíborgs son “organismos cibernéticos”, nombrados así en 1960 en el contexto de la carrera espacial, la Guerra Fría y las fantasías imperialistas de tecnohumanismo construidas desde la política y desde los proyectos de investigación. Traté de habitar los cíborgs de forma crítica, es decir, ni en su celebración ni en su condena, sino en un espíritu de apropiación irónica para fines jamás concebidos por los guerreros del espacio. Contando un relato de cohabitación, de co-evolución y de sociabilidad encarnada en el cruce de especies, el presente manifiesto se pregunta cuál de las dos figuras improvisadas—cíborgs o especies de compañía— podrían hablarnos de manera más fructífera sobre políticas y ontologías más habitables en los mundos que vivimos. Estas figuras a duras penas son polos opuestos. Tanto los cíborgs como las especies de compañía aportan lo humano y lo no humano, lo orgánico y lo tecnológico, el carbono y la silicón, la libertad y la estructura, la historia y el mito, lo rico y lo pobre, el estado y el sujeto, la diversidad y el reduccionismo, la modernidad y la postmodernidad, y la naturaleza y la cultura de formas inesperadas. Además, ni a un cíborg ni a un animal de compañía les agradan los puros de corazón que aspiran a proteger los límites de las especies y a la esterilización de los que se desvían de categoría. No obstante, incluso las diferencias entre el cíborg más políticamente correcto y un perro corriente importan.

Me apropié de los cíborgs para trabajar sobre feminismo en tiempos de la Guerra de las Galaxias de Reagan, a mediados de la década de 1980. Hacia finales del milenio, los cíborgs ya no podían hacer el trabajo de un perro pastor de reunir apropiadamente los hilos requeridos para una investigación crítica. Por ello me dirijo alegremente hacia los perros, para explorar el nacimiento de la cucha y proveer con ello de herramientas de trabajo a los estudios de ciencia y teoría feminista en el presente, cuando el segundo Bush amenaza con reemplazar el viejo crecimiento de las naturoculturas más habitables con las políticas presupuestarias de carbono de todas las formas de vida de la tierra basadas en el agua. Habiendo portado el tiempo suficiente las letras escarlatas “¡Cíborgs para la supervivencia de la tierra!”, ahora me marco con un eslogan que sólo podrían haber ideado las mujeres que practican *Schutzhund* como deporte canino, en el que incluso un primer mordisco podría resultar en una sentencia de muerte: “¡Corre deprisa, muerde fuerte!”

Este es un relato sobre el biopoder y sobre la biosociabilidad, así como sobre la tecnociencia. Como buena darwiniana, narro un cuento de evolución. Al modo del milenarismo ácido (nucleico), mi relato habla sobre las diferencias moleculares, pero está menos enraizado en la Víspera Mitocondrial de una *Memorias de África* neocolonial y más enraizado en aquellas primeras perras caninas mitocondriales que se pusieron en el camino del hombre que nuevamente se construía a sí mismo en la Historia Más Grande Jamás Contada. Por el contrario, esas perras insistieron en la historia de las especies de compañía, un tipo de cuento muy común y corriente, lleno de malentendidos, logros, crímenes y esperanzas renovadas. El mío es un relato contado por una estudiosa de las ciencias y feminista de una determinada generación que las ha pasado perras, literalmente. Los perros, en su complejidad histórica, son aquí lo importante. Los perros

no son un pretexto para otros temas; los perros son la encarnación de las presencias materiosemióticas en el cuerpo de la tecnociencia. Los perros no están supliendo una teoría; no están aquí sólo para pensar con ellos. Están aquí para vivir con ellos. Cómplices en el crimen de la evolución humana, están en el jardín desde el principio, astutos como el Coyote.

APREHENSIONES

En este manifiesto, me ayudan a andar con mis perros algunas versiones de la filosofía del proceso. Por ejemplo, Alfred North Whitehead describió “lo concreto” como “una concrecencia de aprehensiones” Para él, “lo concreto” significaba una “ocasión real”. La realidad es un verbo activo y todos los sustantivos parecen ser gerundios con más tentáculos que un pulpo. A través de su contacto unos con otros, a través de sus “aprehensiones” o sujeciones, los seres se constituyen unos a otros y a sí mismos. Los seres no preexisten a sus relaciones. Las “aprehensiones” tienen consecuencias. El mundo es un nudo en movimiento. Tanto el determinismo biológico como el cultural son ejemplos de una concreción errónea —es decir, en primer lugar, el error de aplicar categorías abstractas provisionarias y locales como “naturaleza” y “cultura” a todo el mundo y, en segundo lugar, confundir las potenciales consecuencias con los fundamentos preexistentes—. No hay sujetos ni objetos preconstituidos, ni fuentes únicas, ni actores unitarios ni finales definitivos. En palabras de Judith Butler, sólo hay “fundamentos contingentes”; el resultado son cuerpos que importan. Un bestiario de agencias, tipos de relaciones, que muchas veces superan todas las fantasías, incluso las de los cosmólogos más barrocos. Para mí, eso es lo que significa *especies de compañía*.

Mi pasión por Whitehead está anclada en la biología, pero incluso más aún en la práctica de la teoría feminista tal y como yo la he experimentado. Esta teoría feminista, en su rechazo al pensamiento tipológico, a los dualismos binarios, a los relativismos y a los universalismos de todos los sabores, contribuye a un rico despliegue de aproximaciones a la emergencia, el proceso, la historicidad, la especificidad, la cohabitación, la co-constitución y la contingencia. Docenas de escritoras feministas han rechazado tanto el relativismo como el universalismo. Los sujetos, los objetos, los tipos, las razas, las especies, los géneros y los sexos son los productos de sus relaciones. No hay nada en este trabajo que verse sobre encontrar unos dulces y agradables mundos —“femeninos”— y unos conocimientos libres de los estragos y las productividades del poder. Más bien, la investigación feminista trata sobre la comprensión de cómo funcionan las cosas, quién realiza la acción, qué podría ser posible y cómo los actores de este mundo podrían amarse y tenerse en cuenta de formas menos violentas.

Por ejemplo, Helen Verran, tras investigar unas clases de matemáticas en yoruba —y en inglés— en escuelas primarias de la Nigeria post-independencia y tras participar en proyectos para los aborígenes australianos sobre la enseñanza de las matemáticas y de la política medioambiental, identificó las “ontologías emergentes”. Verran realizaba preguntas “simples”: ¿cómo pueden los pueblos arraigados enraizada en diferentes prácticas de conocimiento “reunirse”, especialmente cuando un relativismo cultural facilón no es una opción política, epistemológica, y/o moral? ¿Cómo se puede cultivar el conocimiento general en mundos postcoloniales comprometidos a tomarse la diferencia en serio? Las respuestas a estas preguntas sólo pueden darse en prácticas emergentes; por ejemplo, en un trabajo de base,

vulnerable, que reúna las agencias inarmónicas y las formas de vivir que son responsables tanto de sus disparatadas historias heredadas, como de su casi imposible pero absolutamente necesario futuro en común. Para mí, esto es lo que significa la *otredad significativa*.

Estudiando las prácticas de reproducción asistida en San Diego, y luego la ciencia y las políticas de conservación en Kenia, Charis (Cussins) Thompson sugirió el término “coreografías ontológicas”. El guión de la danza del ser es más que una metáfora; los cuerpos, humanos y no humanos, son separados y reunidos en procesos que hacen de la seguridad en sí mismo y de las ideologías humanistas y organicistas malos guías para la ética y la política, y más aún para la experiencia personal.

Finalmente, Marilyn Strathern, recurriendo a décadas de estudio de las historias y las políticas de Nueva Guinea, así como a su investigación sobre las formas habituales de estructurar las relaciones de parentesco en Inglaterra, nos muestra cómo es absurdo concebir la “naturaleza” y la “cultura” como polos opuestos o categorías universales. Como etnógrafa de categorías relacionales, mostró cómo pensar en otras topologías. En lugar de términos opuestos, obtenemos el bloc de dibujos completo propio del cerebro febril de los geómetras modernos, con el que trazar la relacionalidad. Strathern piensa en términos de “conexiones parciales”; es decir, patrones donde los participantes no son ni la totalidad ni la parte. A éstas las llamo relaciones de *otredad significativa*. Considero a Strathern una etnógrafa de naturoculturas; a ella no le molestaría que la invite a la cucha para una conversación entre especies.

Para las teóricas feministas lo que está en juego es precisamente quién y qué está en el mundo. Éste es un anzuelo filosófico prometedor para convencernos a todos a

la hora de comprender a las especies de compañía tanto en su dimensión ancestral, que está grabada químicamente en el ADN de cada célula, como en la de las acciones recientes, que dejan rastros más olorosos. En términos anticuados, el *Manifiesto de las especies de compañía* es una demanda de parentesco, que se hace posible por la concrecencia de las aprehensiones de muchos acontecimientos reales. Las especies de compañía reposan sobre fundamentos contingentes.

Y como si fueran producidas por un jardinero decadente, que no puede mantener bien separadas y en orden la naturaleza y la cultura, la forma de mis redes de parentesco se parece más a una espaldera o a una explanada que a un árbol. No se sabe dónde es abajo y dónde es arriba, y cada cosa parece ir de lado a lado. Esta circulación culebrera y serpentina es uno de mis objetivos. Mi jardín está plagado de serpientes, repleto de espalderas, lleno de indirectas. Instruida por biólogos y bioantropólogos de genética de poblaciones, sé que el flujo genético —flujo multidireccional de cuerpos y valores— es y siempre ha sido el *quid* de la cuestión de la vida en la tierra. Es en verdad el camino hacia el interior de la cucha. Como los humanos y los perros pueden ilustrar en cualquier parte, esto es lo que estos mamíferos compañeros de viaje, de cuerpo grande, distribuidos de forma global, ecológicamente oportunistas y gregariamente sociales han escrito en sus genomas: un registro de acoplamiento e intercambios infecciosos que pondría de los nervios incluso a los más comprometidos defensores del libre comercio. Incluso en las Islas Galápagos de la moderna admiración por los perros de raza pura —donde el esfuerzo por aislar y fragmentar las poblaciones de cría y agotar su herencia de diversidad puede parecer un experimento ejemplar para emular los desastres naturales de los cuellos de botella poblacionales y los desastres epidémicos— la exuberancia infatigable del

flujo genético no se puede aplacar. Impresionada por este tráfico, me arriesgo a alejarme de mi viejo *doppelgänger* (doble), el cibernético, para tratar de convencer a los lectores de que los perros podrían ser los mejores guías a través de los matorrales de la tecnopolítica en el Tercer Milenio de nuestra era.

COMPAÑEROS

En *El manifiesto cibernético*, traté de escribir un acuerdo de subrogación, un tropo, una figura dentro de la que vivir y con la que honrar las capacidades y prácticas de la tecnocultura contemporánea sin perder contacto con el aparato de guerra permanente de un mundo no opcional y posnuclear, y sus trascendentes y muy materiales mentiras. Los cibernéticos podían ser figuras para vivir dentro de las contradicciones, atentos a las naturoculturas de las prácticas mundanas, opuestos a los desesperados mitos de la autogestión, abrazando la mortalidad como condición para la vida y alertas a las hibridaciones históricamente emergentes que actualmente están poblando el mundo en todas sus escalas contingentes.

Sin embargo, las refiguraciones cibernético difícilmente agotan el trabajo trópico requerido para una coreografía ontológica dentro de la tecnociencia. He llegado a ver a los cibernéticos como a unos hermanos pequeños dentro de la mucho más grande familia *queer* de las especies de compañía, en la que las biotecnopolíticas reproductivas son generalmente una sorpresa, a veces incluso una agradable sorpresa. Sé que una mujer blanca, estadounidense, de mediana edad, con un perro con el que practica el deporte agility no es pareja posible para los

guerreros automatizados y terroristas, ni con sus parientes transgénicos en los anales de la investigación filosófica o de la etnografía de las naturoculturas. Además, 1) la autofiguración no es mi labor; 2) los transgénicos no son el enemigo; y 3) al contrario que muchas proyecciones peligrosas y poco éticas en el mundo occidental que convierten a los caninos domésticos en niños peludos, los perros no son nosotros mismos. De hecho, ésa es la belleza de los perros. No son una proyección, ni la realización de una intención, ni el telos de nada. Son perros; es decir, una especie con una relación obligatoria, constitutiva, histórica y proteica con los seres humanos. La relación no es especialmente agradable: está plagada de excrementos, crueldad, indiferencia, ignorancia y pérdida, pero también de alegría, creatividad, trabajo, inteligencia y juego. Quiero aprender cómo narrar esta co-historia y cómo heredar las consecuencias de la co-evolución en la naturocultura.

No puede haber sólo una especie de compañía; debe haber al menos dos para crear una. Está en la sintaxis; está en la carne. Los perros hablan de la inevitable y contradictoria historia de las relaciones —relaciones co-constitutivas en las que ninguno de los compañeros pre-existe al acto de relacionarse, y este acto nunca se da de una vez y para siempre—. La especificidad histórica y la mutabilidad contingente gobiernan en todo momento, en la naturaleza y en la cultura, y en la naturocultura. No hay cimientos: sólo hay elefantes sosteniendo a elefantes.

Los animales de compañía comprenden sólo un tipo de especie de compañía, y ninguna de estas dos categorías es demasiado antigua en el inglés americano. En el inglés de los Estados Unidos el término "animal de compañía" emerge del trabajo médico y psicosociológico de las escuelas veterinarias y lugares similares de mediados de los años setenta. Esta investigación nos dice que, salvo

para aquellos pocos neoyorkinos antiperros obsesionados con las cagadas que los dueños no recogen en las calles, tener un perro desciende la presión sanguínea y eleva las posibilidades de sobrevivir a la infancia, a una operación quirúrgica y al divorcio.

Definitivamente, las referencias en las lenguas europeas a los animales que sirven como compañeros, más que como perros para el trabajo o el deporte, anteceden en siglos a esta literatura biomédica y tecnocientífica estadounidense. Más lejos, en China, en México y en cualquier lugar del mundo antiguo y contemporáneo, hay fuerte evidencia documental, arqueológica y oral de los perros como mascotas, además de una miríada de otros trabajos. En la América Precolombina, muchos pueblos contaban con perros como animales de tiro, caza y pastoreo. Para otros, los perros fueron comida y una fuente de lana. Quienes gustan de los perros prefieren olvidar que los perros también fueron armas letales e instrumentos de terror en la conquista europea de las Américas, así como en los escenarios paradigmáticos de los viajes imperiales de Alejandro Magno. Basándose en sus historias de guerra en Vietnam, como oficial en la marina estadounidense, el criador de akitas y escritor canino John Cargill nos recuerda que, antes de la guerra cibernética, los perros entrenados estaban entre los sistemas armamentísticos más inteligentes. Y los perros de caza rastreadores aterrorizaron a los esclavos y a los prisioneros, así como también rescataron a niños perdidos y a víctimas de terremotos.

Enumerar estas funciones no llega siquiera a insinuar la historia heterogénea de los perros como símbolo o relato en todo el mundo, del mismo modo que una lista de oficios no nos dice cómo fueron tratados los perros o cómo consideraron a sus socios humanos. En *A History of Dogs in the Early Americas* (Una historia de los perros en los

inicios de América) (Yale, 1997), Marion Schwartz escribe que algunos perros cazadores de los indios americanos pasaban por rituales de iniciación similares a los que realizaban sus humanos, incluyendo, entre los achuar de América del Sur, la ingestión de un alucinógeno. En *In the Company of Animals* (En compañía de animales) (Cambridge, 1986), James Serpell relata que, para el comanche de las Grandes Llanuras del siglo XIX, los caballos tenían un gran valor práctico. Pero los caballos se empleaban de una forma utilitaria, mientras que los perros, mantenidos como mascotas, se merecían relatos afectuosos y los guerreros guardaban luto por su muerte. Algunos perros eran y son una alimaña; otros eran y son enterrados como las personas. Los perros pastores de los navajos contemporáneos se relacionan con su paisaje, sus ovejas, sus gentes, los coyotes, los perros y los humanos extraños de una forma históricamente específica. En las ciudades, pueblos y áreas rurales de todo el mundo, muchos perros viven vidas paralelas entre la gente, más o menos tolerados, a veces usados y a veces abusados. No hay un solo término que pueda hacerle justicia a esta historia.

Sin embargo, el término “animal de compañía” penetra en la tecnocultura estadounidense a través de las instituciones académicas que cedieron terreno en la postguerra civil para alojar las escuelas de veterinaria. Es decir, “animal de compañía” tiene el pedigrí del cruce entre la experiencia tecnocientífica y las prácticas tardointindustriales del cuidado de mascotas, con sus democráticas masas amantes de sus compañeros domésticos o, al menos, de aquéllos no humanos. Los animales de compañía pueden ser caballos, perros, gatos o una gama de otros seres que están deseando dar el salto a la biosociabilidad de los perros guía, los miembros de la familia o los integrantes de un equipo en los deportes entre especies. Hablando de un modo general, uno no se

come a sus animales de compañía (ni es comido por ellos) y le cuesta sacudirse las actitudes colonialistas, etnocéntricas o ahistóricas contra aquéllos que lo hacen (comer o ser comidos).

ESPECIES

“Especies de compañía” es una categoría más grande y heterogénea que “animal de compañía”, y no sólo porque la primera debería incluir seres orgánicos tales como el arroz, las abejas, los tulipanes y la flora intestinal, todos los cuales hacen de la vida humana lo que es —y viceversa. Quiero escribir el santo y seña de las “especies de compañía” para insistir en cuatro tonos que resuenan simultáneamente en la laringe lingüística e histórica y que posibilitan pronunciar este término.

Primero, como una responsable hija de Darwin, insisto en los tonos de la historia de la biología de la evolución, con sus categorías de poblaciones, tasas de flujo genético, variación, selección y especies biológicas. Los debates de los últimos ciento cincuenta años giran en torno a si la categoría “especie” denota una entidad biológica real o simplemente representa los tonos altos —y bajos— de una conveniente caja de resonancia taxonómica. La especie trata acerca del tipo biológico y son necesarios los conocimientos científicos para ese tipo de realidad. Lo postciborg, que cuenta como un tipo biológico, problematiza las categorías previas de organismo. Lo maquínico y lo textual son internos a lo orgánico, y viceversa, de formas irreversibles.

Segundo, educada por Tomás de Aquino y otros aristotélicos, entiendo las especies como un tipo y una categoría filosófica genéricos. La especie refiere a la definición de la diferencia, enraizada en fugas polivocales de doctrinas de la causa.

Tercero, con mi alma indeleblemente marcada por una formación católica, escucho en la especie la doctrina de la Presencia Real bajo las dos especies, el pan y el vino, los signos transubstanciados de la carne. La especie trata sobre la unión corpórea de lo material y lo semiótico de formas inaceptables para las sensibilidades protestantes seculares de la academia norteamericana y para la mayoría de versiones de la ciencia humana de la semiótica.

Cuarto, convertida por Marx y Freud, y teniendo debilidad por las etimologías ambiguas, escucho en la especie el lucro indecente, las monedas, el oro, la mierda, la suciedad, la riqueza. En *Love's Body* (El cuerpo del amor), Norman O Brown me mostró la unión de Marx y Freud en la mierda y el oro, en la caca primitiva y el metal civilizado, en especie. Me encontré con esta unión otra vez en la moderna cultura canina estadounidense, con su exuberante cultura de la mercancía, sus vibrantes prácticas del amor y del deseo, sus estructuras que ligan al estado, a la sociedad civil y al individuo liberal, sus tecnologías mestizas de creación del sujeto —y del objeto— de pura raza. Mientras enfundo mi mano en el film de plástico —cortesía de los imperios de investigación de la industria química— que protege mi matutino New York Times, para recoger los ecosistemas microscópicos, llamados caca, producidos de nuevo cada día por mis perros, encuentro las bolsas para cacas de perros casi un chiste, que me hace aterrizar de vuelta a las historias sobre la encarnación, la economía política, la tecnociencia y la biología.

En suma, las “especies de compañía” tratan sobre una composición en cuatro partes, en la que la co-constitución, la finitud, la impureza, la historicidad y la complejidad son lo que hay.

El manifiesto de las especies de compañía trata, entonces, sobre la implosión de la naturaleza y de la cultura en la incansable e históricamente específica vida compartida de los perros y las personas, vinculados en la otredad significativa. Muchos son interpelados en ese relato, y el cuento es instructivo también para aquéllos que tratan de mantener una distancia higiénica. Quiero convencer a mis lectores de que los habitantes de la tecnocultura nos convertimos en lo que somos en el tejido simbiogenético de la naturocultura, en relato y en acto.

Tomo la palabra “interpelación” de la teoría del filósofo francés postestructuralista y marxista Louis Althusser para explicar cómo los sujetos son constituidos desde la individualidad concreta siendo éstos “aclamados” a través de la ideología dentro de sus posiciones de sujeto en el estado moderno. Hoy los animales nos “aclaman”, a través de nuestras ideológicamente cargadas narrativas sobre sus vidas, para dar cuenta de los regímenes en los que ellos y nosotros debemos vivir. Nosotros los “aclamamos” dentro de nuestros constructos de naturaleza y cultura, con importantes consecuencias para la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, la longevidad y la extinción. También vivimos unos con otros en carne y hueso, de maneras no agotadas por nuestras ideologías. Los relatos son mucho más grandes que las ideologías. En ello está nuestra esperanza.

En esta larga introducción filosófica, estoy violando la mayor norma de *Notas de la hija de un periodista deportivo*, mis caninos apuntes en honor a mi padre, periodista deportivo, que salpican este manifiesto. Las

Notas requieren que no haya desviación de los propios relatos de los animales. Las lecciones tienen que ser una parte inextricable del relato; es una norma de la verdad como género para aquéllos de nosotros —católicos practicantes y no practicantes y sus compañeros de viaje— que creen que el signo y la carne son uno.

Para reportar los hechos y contar una historia verdadera escribo *Notas de la hija de un periodista deportivo*. El trabajo de un periodista deportivo es, o al menos lo era, reportar el relato del juego. Lo sé porque cuando era niña me sentaba hasta bien entrada la noche en la cabina de prensa del estadio del mejor equipo de las ligas menores de béisbol, los Denver Bears, viendo a mi padre escribir y archivar sus relatos del juego. Un periodista deportivo, quizás más que otros periodistas, tiene un trabajo curioso —contar que pasó hilando un relato que sólo está en los hechos—. Cuanto más vívida la prosa, mejor; efectivamente, si está fielmente elaborado, cuanto más potentes sean los tropos, más verídico es el relato. Mi padre no quería tener una columna de deportes, una actividad más prestigiosa en el negocio de los periódicos. Quería escribir los relatos de los juegos, permanecer cercano a la acción, contarla tal cual era, no indagar en los escándalos y en los ángulos del metarrelato: la columna. La fe de mi padre estaba en el juego, donde el hecho y el relato cohabitan.

Crecí en el seno de dos grandes instituciones que argumentan la creencia moderna en el divorcio no contencioso, basado en diferencias irrevocables, entre el relato y el hecho. Ambas instituciones —la Iglesia y la Prensa— son célebremente corruptas, célebremente despreciadas (pero constantemente usadas) por la ciencia y, no obstante, indispensables a la hora de cultivar la Insaciable hambre de verdad de la gente. Signo y carne; relato y hecho. En mi casa natal, la pareja generativa no

se podía separar. Estaban atados, caninamente hablando, de forma sucia y sin cuartel. Con razón la cultura y la naturaleza implosionaron para mí de adulta. Y en ningún sitio tuvo esa implosión más fuerza que viviendo la relación y pronunciando el verbo que pasa por ser un sustantivo: especies de compañía. ¿Es eso lo que San Juan quiso decir al afirmar: “el verbo se hizo carne”? Al final de la novena entrada, los Bears van abajo por dos carreras, con tres en la base, dos eliminados y dos strikes, ¿a cinco minutos de la fecha límite para archivar el relato?

También crecí en la casa de la ciencia y aprendí, en la época en que empezaron a entrar en erupción mis pechos, cuántos pasajes subterráneos existen conectando los Estados Unidos y cuántos vínculos mantienen juntos el signo y la carne, el relato y el hecho, en los palacios del conocimiento positivo, la hipótesis falsable y la teoría sintética. Dado que mi ciencia era la biología, aprendí pronto que teniendo en cuenta la evolución, el desarrollo, las funciones celulares, la complejidad, del genoma, el moldeamiento de la forma a través del tiempo, la ecología comportamental, los sistemas de comunicación, la cognición —resumiendo, teniendo en cuenta cualquier cosa digna del nombre de biología— no era tan diferente archivar el relato de un partido que vivir con el misterio de la encarnación. Para hacer biología con algún tipo de fidelidad el practicante *debe* contar un relato, *debe* conseguir los hechos y *debe* también tener el valor para permanecer hambriento de verdad y para abandonar un relato favorito, un hecho favorito, que se muestra para ser, de algún modo, totalmente innecesario. El practicante debe también tener el valor para permanecer con un relato en las buenas y en las malas, para heredar sus resonancias discordantes, para vivir sus contradicciones, cuando ese relato logre una verdad sobre la vida que importe. ¿No es ese tipo de fidelidad lo que ha hecho florecer la ciencia de la biología evolutiva y alimentar el

hambre física de conocimiento de mi gente durante los últimos ciento cincuenta años?

Etimológicamente, los hechos se refieren a la representación, a la acción, a las obras realizadas —a las hazañas, en resumen—. Un hecho es un participio pasado, un cosa hecha, terminada, fija, mostrada, representada, consumada. Los hechos han creado la fecha límite para entrar en la próxima edición del periódico. La ficción, etimológicamente, está muy cerca, pero difiere en la categoría gramatical y en el tiempo verbal. Como los hechos, la ficción se refiere a la acción, pero la ficción trata sobre el acto de fabricar, formar, inventar, así como simular o amagar.

Extraída de un participio presente, la ficción está en proceso y todavía en juego, inacabada, aún propensa a entrar en conflicto con los hechos, pero también susceptible de mostrar algo que todavía no sabemos que es verdadero, pero que se sabrá. Vivir con animales, habitar sus/nuestros relatos, tratar de contar la verdad sobre la relación, una historia co-habitada y activa: ése es el trabajo de las especies de compañía, para las que “la relación” es la unidad de análisis más pequeña posible.

Entonces, archivo relatos sobre perros para vivir en estos días. Todos los relatos trafican con tropos, es decir, con figuras del discurso necesarias para decir algo. Tropo (griego: *tropos*) significa: virar o viajar. Todas las lenguas viran y viajan; nunca hay un significado directo; sólo el pensamiento dogmático cree que una comunicación libre de tropos es nuestro campo. Mi tropo favorito para los relatos de perros es el “metaplasmo”. El metaplasmo significa un cambio en una palabra, por ejemplo, añadiendo, omitiendo, invirtiendo o transponiendo sus letras, sílabas o sonidos. El término viene del griego *metaplasmos*, que significa remozar o remodelar. El

metaplasmo es un término genérico para casi cualquier tipo de alteración en una palabra, intencionada o involuntaria. Uso el metaplasmo para referirme al remozamiento de la carne canina y humana, al remozamiento de los códigos de la vida en la historia de la relación entre especies de compañía.

Comparemos y contrastemos “protoplasma”, “citoplasma”, “neoplasma” y “germoplasma”. Hay un sabor biológico en el “metaplasmo” —precisamente lo que quiero en las palabras sobre las palabras—. Carne y significante, cuerpos y palabras, relatos y mundos: todos ellos están unidos en las naturoculturas. El metaplasmo puede significar un error, un traspíe, un tropo que crea una diferencia carnal. Por ejemplo, una sustitución en una cadena de bases en un ácido nucleico puede ser un metaplasmo, que cambia el significado de un gen y altera el curso de una vida. O una práctica remozada entre los criadores de perros, como hacer más cruces y menos crías endogámicas, podría ser el resultado del cambio en los significados de palabras como “población” o “diversidad”. Invertir los significados, transponer el cuerpo de la comunicación, remodelar, remozar, virar para contar la verdad: cuento relatos sobre relatos, todo el tiempo. Guau.

Implícitamente, este manifiesto trata sobre más cosas que la relación entre los perros y las personas. Los perros y las personas configuran un universo. De forma clara, los cíborgs —con sus coagulaciones históricas de lo maquínico y lo orgánico en los códigos de información, donde los límites tratan menos sobre la piel que sobre las densidades estadísticamente definidas de signos y ruido— encajan dentro del taxón de las especies de compañía. Es decir, los cíborgs suscitan todas las preguntas sobre historia, política y ética que los perros requieren. Cuidado, crecimiento, diferencias de poder, escalas de tiempo —todo ello importa para los cíborgs-. Por ejemplo,

¿qué tipo de escala temporal podría dar forma a regímenes laborales, estrategias de inversión y patrones de consumo en los que el tiempo generacional de las máquinas de información se convierta en compatible con el tiempo generacional de las comunidades y ecosistemas humanos, animales y vegetales? ¿Cuál es el tipo correcto de bolsa de caca para un ordenador o un asistente personal digital? Como mínimo, sabemos que no es un basurero de electrónica en México o en la India, donde a los carroñeros humanos se les paga menos que nada por procesar los desechos tóxicos de los que están más instruidos.

El arte y la ingeniería son prácticas hermanas para abordar especies de compañía. De este modo, la conjunción paisaje-humanos entra cómodamente en la categoría de especies de compañía, evocando todas las cuestiones sobre las historias y las relaciones que sueldan las almas de los perros y sus humanos. El escultor escocés Andy Goldsworthy comprende bien esto. Las escalas y los flujos de tiempo que atraviesan la carne de las plantas, de la tierra, del mar, del hielo y de la piedra consumen a Goldsworthy. Para él, la historia de la tierra está viva, y esa historia está compuesta por las relaciones polimorfas de la gente, los animales, el barro, el agua y las rocas. Él trabaja a las escalas de los cristales de hielo esculpidos entrelazados con ramitas, de los estratos de roca cónicos del tamaño humano construidos en las zonas costeras, de intenso oleaje entre mareas y en los muros de piedra que atraviesan largos tramos de campiña. Tiene un conocimiento de ingeniero y de artista sobre fuerzas como la gravedad y la fricción. Sus esculturas aguantan a veces segundos, a veces décadas, pero nunca pierde la conciencia de la mortalidad y el cambio. El proceso y la disolución —y las agencias tanto humanas como no humanas, animadas e inanimadas— son sus compañeros y sus materiales, no sólo sus temas.

En la década de los noventa, Goldsworthy realizó una obra llamada *Arch*. Él y el escritor David Craig rastrearon una antigua ruta de pastores de ovejas desde las pasturas escocesas hasta el mercado de un poblado inglés. Fotografiando el recorrido, iban ensamblando y desarmando un arco de arenisca rojo autoportante en lugares que marcaban la historia pasada y presente de los animales, la gente y la tierra. Los árboles y los aldeanos que ya no estaban, el relato de los cercados y los crecientes mercados de lana, los tirantes lazos entre Inglaterra y Escocia durante siglos, las condiciones de posibilidad del trabajo de los perros pastores y los pastores asalariados escoceses, las ovejas comiendo y marchando hacia la esquila y el matadero —todo ello se conmemora con el arco de piedra móvil que aún a geografía, historia e historia natural—.

El collie que está implícito en el *Arch* de Goldsworthy no es tanto un “Lassie ven a casa” como un “largo, aldeano”. Esta es una de las condiciones de posibilidad del inmensamente popular programa de televisión británico de finales del siglo XX, sobre los brillantes y trabajadores perros pastores, los border collies de Escocia. Conformados genéticamente en los competitivos concursos de perros pastores desde finales del siglo XIX, esta raza ha hecho a este deporte merecidamente famoso en varios continentes. Ésta es la misma raza de perro que domina el deporte agility en mi vida. Es también la raza abandonada en grandes cantidades y rescatada por dedicados voluntarios o asesinada en los refugios de animales porque la gente que veía esos famosos programas de televisión sobre aquellos perros talentosos quiere comprarlos en las tiendas de mascotas, que proliferan para satisfacer la demanda. Los compradores compulsivos pronto se encuentran con un perro serio al que no pueden satisfacer con el trabajo que un border



“Combinex: ningún antiparasitario funciona como éste”

Fig. 1 A mediados de los 90, esta imagen de una oveja que revierte las inequidades de la vida encerrando en un corral a nueve border collies ilustraba la publicidad de un antiparasitario de la compañía Ciba-Geigy. Sometido al ojo implacable de la cámara, el criador de perros pastores de competición inglés Thomas Longton posa en su granja de Quernmore, Lancashire, a punto de encerrar a sus habilidosos perros. Más tarde, en el mundo de los amantes de los perros en Internet circuló ampliamente una imagen casi idéntica, que no hacía referencias al Combinex, y ostentaba un molino holandés añadido al paisaje. Sin créditos ni información identificatoria, la foto llevaba un adecuado título: “El infierno del border collie”. Aún sin el molino holandés agregado, la foto fue siempre una composición ciborg. En primer lugar, dos de los perros son repeticiones del mismo animal, pero desde diferentes ángulos; los cachorros de atrás están atados con correas invisibles al corral; la oveja fue montada en la escena usando otra foto. En el Manifiesto de las especies de compañía, “El infierno del border collie” señala las irónicas inversiones implícitas en las naturoculturas. Animales, gentes, paisajes, corporaciones y tecnologías son parte de la broma. La foto también complace a quienes 1) disfrutaron de la película Babe, y 2) trabajan con perros pastores de otras razas. Agradezco a Thomas Longton por el folleto publicitario y el relato. También agradezco a las redes de estudios científicos, editoriales, corporaciones y amantes de los border collies que me ayudaron a rastrear todo esto.

collie necesita. ¿Dónde está acaso el trabajo de los pastores asalariados y de la oveja productora de alimento y tejido en este relato? ¿De cuántos modos distintos

heredamos en nuestras carnes la turbulenta historia del capitalismo moderno?

Cómo vivir éticamente en estos flujos mortales y finitos que tratan sobre relaciones heterogéneas —y no sobre el “hombre”— es una cuestión implícita en el arte de Goldsworthy. Su arte está inexorablemente en sintonía con las específicas formas de habitar la tierra de los humanos, pero no es ni un arte humanista ni naturalista. Es el arte de las naturoculturas. La relación es la unidad más pequeña de análisis, y la relación trata acerca de la otredad significativa en todas sus escalas. Este es el modo de atención ético, o quizá el mejor modo, con el que debemos aproximarnos a las largas cohabitaciones de la gente con los perros.

Entonces, en *El manifiesto de las especies de compañía*, quiero contar relatos sobre la relación con la otredad significativa, a través de la cual los compañeros nos convertimos en lo que somos en carne y signo. Los siguientes relatos de perros peludos sobre evolución, amor, entrenamiento y tipos de razas me ayudan a pensar sobre cómo vivir bien juntos, con el huésped de las especies con quienes los seres humanos emergen en este planeta en cada escala de tiempo, cuerpo y espacio. Las narraciones que ofrezco son más idiosincráticas e indicativas que sistemáticas, tendenciosas más que juiciosas, y enraizadas en cimientos contingentes más que en premisas claras y distintas. Los perros son aquí mi relato, pero son sólo un participante en el amplio mundo de las especies de compañía. Las partes no suman el todo en este manifiesto —o en la vida en las naturoculturas—. En lugar de eso, busco las “conexiones parciales” de Marilyn Strathern, que tratan sobre las geometrías contraintuitivas y las traducciones incongruentes necesarias para llevarnos bien, donde los trucos divinos de la evidencia y la comunión inmortal no son una opción.

II Relatos de Evolución

A toda la gente que conozco le gustan los relatos sobre el origen de los perros. Atestados de significado para sus ávidos consumidores, estos relatos son el material del que están hechas tanto las grandes historias de amor como la sobria ciencia, todo mezclado. Las historias de las migraciones humanas y de los intercambios, la naturaleza de la tecnología, el significado de lo salvaje, y las relaciones de los colonizadores y los colonizados bañan estos relatos. Cuestiones como juzgar si mi perro me ama, organizar escalas de inteligencia entre los animales, o entre los animales y los humanos, y decidir si los humanos son los que mandan o los que obedecen se sostienen en el resultado de una sobria investigación científica. Evaluar la decadencia o el esplendor de las razas, juzgar si el comportamiento del perro es cosa de los genes o de la crianza, escoger entre las afirmaciones anticuadas de anatomistas y arqueólogos, y las de los modernos hechiceros moleculares, establecer los orígenes en el Nuevo o en el Viejo Mundo, figurar el ancestro de los perros como el noble lobo cazador que persiste en las nuevas especies en peligro o como un carroñero rastrero reflejado en los simples perros de pueblo, buscar a una o a

varias Evas caninas sobreviviendo en su ADN mitocondrial o quizás a un Adán canino a través de su herencia del cromosoma Y —se entiende que está en juego todo ello y mucho más—.

El día que escribí esta sección de *El manifiesto de las especies de compañía*, las grandes cadenas de noticias, desde la PBS hasta la CNN, hablaban de tres artículos de la revista *Science* sobre la evolución de los perros y la historia de la domesticación. En minutos, las listas de correo electrónico dedicadas al mundo perruno hervían de discusiones sobre las implicancias de la investigación sobre el mundo de los perros. Volaban direcciones de páginas web a través de los continentes llevando las noticias al mundo cibernético, mientras que los meramente alfabetizados seguían la historia en los diarios de Nueva York, Tokio, París o Johannesburgo. ¿Qué está en juego en este floreciente consumo de los relatos científicos sobre el origen, y cómo pueden estas explicaciones ayudarme a entender la relación que constituye a las especies de compañía?

Las discusiones sobre la evolución de los primates, y especialmente de los homínidos, pueden ser el más importante *ring* de pelea de gallos de las ciencias biológicas contemporáneas, pero al campo de la evolución canina raramente le faltan las peleas de perros entre los científicos humanistas y los escritores populares. Ningún relato acerca de la aparición de los perros en la tierra pasa sin ser cuestionado, y ninguno pasa sin que sus defensores se lo apropien. Tanto en los mundos caninos populares como en los profesionales lo que está en juego es doble: 1) la relación entre lo que se considera como naturaleza y lo que se considera como cultura en el discurso occidental y en el de sus allegados, y 2) la cuestión correlativa sobre quién y qué cuenta como actor. Estas cosas importan para la acción política, ética y

emocional en la tecnocultura. Como luchadora en el mundo de los relatos de evolución canina, busco formas de llegar a la co-evolución y la co-constitución sin desnudar al relato de sus brutalidades ni de sus bellezas multiformes.

Se dice que los perros son el primer animal doméstico, desplazando al cerdo de ese honor primordial. Los tecnófilos humanistas representan la domesticación como el acto paradigmático de lo masculino, lo monoparental y la autogestación, por medio de la cual el hombre se hace a sí mismo repetitivamente, de la misma manera que inventa (crea) sus herramientas. El animal doméstico es la herramienta que cambia una época, haciendo realidad la meta humana en carne y hueso, en una corpórea versión canina del onanismo. El hombre tomó al lobo (libre) y lo convirtió en perro (servil) y aquello hizo la civilización posible. ¿Un cruce entre Hegel y Freud en la cucha? Dejemos al perro simbolizar a todas las especies de plantas y animales domésticas, sometidas a los objetivos humanos en los relatos de progreso ascendente o de destrucción, según el gusto. A los ecologistas profundos les encanta creer en estos relatos para odiarlos en nombre de lo Salvaje, que existía antes de la Caída en la Cultura, precisamente del mismo modo como los humanistas creen en ellos para eludir las intrusiones biológicas en la cultura.

Estas teorías convencionales han sido absolutamente revisadas en los últimos años, cuando la distribución es el *quid* de la cuestión en todas partes, incluyendo la cucha. A pesar de saber que son provisionarias, me gustan estas versiones metaplásmicas y remodeladas que les otorgan a los perros (y a otras especies) los primeros movimientos en la domesticación y más tarde la coreografía de una danza sin fin de agencias distribuidas y heterogéneas. Aunque sean pasajeros, creo que los relatos más recientes tienen

mayores posibilidades de ser verdaderos, y desde luego que tienen mayores posibilidades de enseñarnos a prestar atención a la otredad significativa como algo distinto del reflejo de las intenciones propias.

Los estudios sobre el ADN mitocondrial de los perros, ese reloj molecular, han indicado la emergencia de los perros antes de lo que anteriormente se creía posible. El experimento del laboratorio de Carles Villá y Robert Wayne en 1997 defendió la segmentación de los perros de entre los lobos hace ciento cincuenta mil años —es decir, en el origen del *Homo Sapiens Sapiens*—. Esa fecha, no corroborada por evidencias fósiles o arqueológicas, ha cedido el paso en los subsiguientes estudios de ADN a algún momento entre cincuenta mil y quince mil años atrás, siendo la fecha más reciente la preferida por los científicos porque permite la síntesis de todos los tipos de evidencias disponibles. En ese caso, parece como si los perros hubieran emergido primero en algún lugar del este de Asia durante un tiempo bastante breve en un puñado de eventos y luego se hubieran propagado velozmente por el mundo entero, yendo a cualquier lugar adonde fueran los humanos.

Muchos analistas argumentan que el escenario más probable de aparición se compone de unos lobos aspirantes a perros que van comenzando a aprovechar las bonanzas calóricas provistas por los basureros humanos. Debido a sus movimientos oportunistas, aquellos perros emergentes podrían haberse adaptado en su comportamiento, y finalmente en su genética, a una reducción de las distancias de tolerancia, a una huida menos agresiva, a una coordinación temporal del desarrollo de los cachorros con mayores oportunidades para la socialización entre especies y a una ocupación paralela más confiada de áreas también ocupadas por los peligrosos humanos. Estudios sobre varias generaciones

de zorros rusos seleccionados en base a una docilidad diferencial muestran muchos de los rasgos morfológicos y comportamentales asociados con la domesticación. Estos zorros podrían ser el modelo de la emergencia de un tipo de proto-“perro de pueblo”, genéticamente cercano a los lobos, como todos los perros, pero bastante distinto en cuanto al comportamiento y receptivo a los intentos humanos de llevar aun más lejos el proceso de domesticación. Tanto por un control deliberado de la reproducción de los perros (por ejemplo, matando a los cachorros indeseados o alimentando a unas hembras y a otras no) como por consecuencias inintencionadas, pero no obstante potentes, los humanos podrían haber contribuido a dar forma a los numerosos tipos de perros que aparecieron al principio de la historia. Los modos de vida humanos cambian significativamente en asociación con los perros. La flexibilidad y el oportunismo son el *quid* de la cuestión para ambas especies, que se dan forma la una a la otra a través del, todavía en curso, relato de la co-evolución.

Los académicos usan versiones de este relato para poner en cuestión las divisiones tajantes entre la naturaleza y la cultura para dar forma a un discurso más generativo para la tecnocultura. Darcy Morey, paleobióloga canina y arqueóloga, cree que la distinción entre la selección natural y la artificial es vana, porque desde el principio hasta el final el relato trata sobre la reproducción diferencial. Morey desenfatisa las intenciones y ubica en primer plano a la ecología comportamental. Ed Russell, historiador medioambiental, historiador de la tecnología e investigador en ciencias naturales, argumenta que la evolución de las razas de perro es un capítulo en la historia de la biotecnología. Enfatiza las agencias humanas y entiende a los organismos como tecnologías de ingeniería, pero de un modo que considera a los perros activos, poniendo también en primer plano la co-evolución

en curso entre las culturas humanas y los perros. El escritor científico Stephen Budiansky insiste en que la domesticación en general, incluyendo la domesticación de los perros, es una estrategia evolutiva exitosa que beneficia tanto a los humanos como a sus especies asociadas. Se pueden multiplicar los ejemplares.

Estas explicaciones, tomadas en su conjunto, requieren reevaluar el significado de la domesticación y de la co-evolución. La domesticación es un proceso emergente de cohabitación, que involucra agencias de muchos tipos y relatos que no se prestan a sí mismos ni para una sola versión más de la Caída ni para un resultado asegurado para nadie. Co-habitar no significa erizarse o acariciar. Las especies de compañía no son camaradas solidarios prestos a las discusiones anarquistas de principios del siglo XX en Greenwich Village. La relación es multiforme, está en juego, es inacabada y significativa.

La co-evolución tiene que ser definida de forma más amplia de lo que los biólogos generalmente lo hacen. Por supuesto, la adaptación mutua de las morfologías visibles, como las estructuras sexuales de las flores y los órganos de sus insectos polinizadores, es co-evolución. Pero es un error ver las alteraciones de los cuerpos y las mentes de los perros como biológica, y los cambios en las vidas y cuerpos humanos, por ejemplo en la emergencia de las sociedades agrícolas y ganaderas, como culturales y no tanto como co-evolución. Cuanto menos, sospecho que el genoma humano contiene un registro molecular considerable de los patógenos de sus especies de compañía, incluyendo a los perros. Los sistemas inmunológicos no son una parte menor dentro de las naturoculturas; determinan dónde pueden vivir los organismos, incluyendo las personas, y con quién. La historia de la gripe es inimaginable sin el concepto de la co-evolución de humanos, cerdos, aves y virus.

Pero la enfermedad no puede abarcar todo el relato biosocial. Algunos comentaristas piensan que incluso algo tan fundamental como la hipertrofiada capacidad biológica humana para el habla emergió como consecuencia de que las labores de los perros incluyeran las tareas de seguir rastros y alertar con sonidos, lo cual liberó el rostro humano, su garganta y su cerebro para conversar. Soy escéptica ante tal explicación, pero estoy segura de que una vez que reduzcamos nuestra propia reacción de lucha o huida ante las naturoculturas emergentes, y dejemos de ver sólo el reduccionismo biológico o la singularidad cultural, tanto las personas como los animales se verán diferentes.

Me siento alentada por las recientes ideas sobre la biología ecológica del desarrollo o “eco-devo”, en términos del biólogo del desarrollo e historiador de la ciencia Scott Gilbert. Los detonantes y el ritmo del desarrollo son los objetos clave para que esta joven ciencia sea posible gracias a las nuevas técnicas moleculares y a los recursos discursivos de varias disciplinas. Lo habitual son las plasticidades diferenciales y específicas del contexto, a veces genéticamente asimiladas y otras veces no. Cómo los organismos integran la información ambiental y genética a todos los niveles, desde lo muy pequeño hasta lo muy grande, determina en lo que se convierten. No hay tiempo ni lugar en el que la genética termina y comienza lo ambiental, y el determinismo genético es, en el mejor de los casos, una palabra local para las estrechas plasticidades ecológicas del desarrollo.

El ancho y largo mundo está lleno de vida presuntuosa. Por ejemplo, Margaret McFall-Ngai ha mostrado que los órganos fotosensibles del calamar *Euprymna scolopes* se desarrollan normalmente sólo si el embrión ha sido colonizado por la bacteria luminiscente *Vibrio*. De forma similar, el tejido intestinal de los humanos no se puede

desarrollar normalmente sin su colonización por la flora intestinal. La diversidad de las formas animales de la tierra emergió en la sopa bacteriana de los salados océanos. Todos los escenarios de las historias de la vida de los animales en evolución tienen que adaptarse a las ansiosas bacterias que los colonizan por dentro y por fuera. Los patrones del desarrollo de las formas de vida complejas son propicios a mostrar la historia de estas adaptaciones, una vez que los científicos averigüan cómo buscar la evidencia. Los seres terrestres son prensiles, oportunistas, preparados para unirse con compañeros disimilares en algo nuevo, algo simbiogénico. Las especies de compañía co-constitutivas y la co-evolución son la norma, no la excepción. Estos argumentos son trópicos para mi manifiesto, pero la carne y la figura no están alejados. Los tropos son lo que nos hace querer mirar y necesitar escuchar las sorpresas que nos hacen salir de nuestras casillas heredadas.

III Relatos de Amor

Habitualmente, en los Estados Unidos, a los perros se les atribuye la capacidad del “amor incondicional”. De acuerdo con esta creencia, la gente, cargada de incompreensión, contradicción y complejidad en sus relaciones con otros humanos, encuentra consuelo en el amor incondicional de sus perros. A cambio, la gente ama a sus perros como a niños. En mi opinión, ambas creencias no están sólo basadas en errores, o son mentirosas, sino que también son en sí mismas abusivas —para los perros y para los humanos—. Un rápido vistazo muestra que los perros y los humanos siempre han tenido una amplia gama de formas de relacionarse. Pero incluso entre la gente que tiene mascotas en las culturas consumistas contemporáneas, o quizá especialmente entre estas personas, la creencia en el “amor incondicional” es pernicioso. Si la idea de que el hombre se hace a sí mismo llevando a cabo sus intenciones a través de sus herramientas, como los animales domésticos (perros) y los ordenadores (cíborgs), es la evidencia de una neurosis que yo llamo narcisismo humanista tecnofílico, entonces la idea superficialmente opuesta de que los perros restablecen las almas de los seres humanos por su amor

incondicional puede ser la neurosis del narcisismo caninofílico. Porque encuentro precioso el amor de y entre perros y humanos históricamente situados, me parece importante disentir del discurso del amor incondicional.

La estrafalaria obra maestra de J.R. Ackerley, *My Dog Tulip* (impresa por primera vez en Inglaterra en 1956), sobre la relación entre el escritor y su perra alsaciana durante los años cuarenta y cincuenta, me da una vía para pensar a través de mi discrepancia. La historia titila en la visión periférica del lector desde el principio de su gran relato de amor. Después de dos guerras mundiales, en uno de aquellos exasperantes ejemplos de rechazo y sustitución que nos permite ir de un lugar a otro de nuestras vidas, al perro pastor alemán se le llamó alsaciano en Inglaterra. Tulip (Queenie, en la vida real) fue el gran amor de la vida de Ackerley. Importante novelista, homosexual reconocido y espléndido escritor, Ackerley honró aquel amor desde el principio reconociendo su tarea imposible —primero, encontrar alguna manera de averiguar qué necesitaba y quería este perro y segundo, mover cielo y tierra para asegurarse de que lo conseguía—.

En Tulip, rescatada de su primer hogar, Ackerley difícilmente tenía su objeto de amor ideal. También sospechaba que él no era su idea del amado. La saga que siguió no era sobre amor incondicional, sino sobre procurar habitar un mundo intersubjetivo en el que se trata de conocer al otro en todos los detalles mundanos de una relación mortal. Barbara Smuts, la bioantropóloga del comportamiento que escribe valientemente sobre la intersubjetividad y la amistad con y entre animales, lo aprobaría. Sin ser biólogo del comportamiento, pero en sintonía con la sexología de su cultura, Ackerley pretendió encontrar, de forma cómica y emotiva, una pareja sexual adecuada para Tulip en sus celos periódicos.

La feminista ambientalista danesa Barbara Noske, quien denunció el escándalo de la producción de carne del “complejo animal-industria” sugirió pensar sobre los animales como “otros mundos”, en un sentido propio de la ciencia ficción. En su inquebrantable dedicación a la otredad significativa de su perra, Ackerley lo habría comprendido. Tulip importaba, y eso los transformaba a los dos. Él también importaba para ella, de formas que sólo pueden ser leídas bajo la alucinación propia de cualquier práctica semiótica, lingüística o no. Las incomprendiones fueron tan importantes como los fugaces momentos de entender bien las cosas. El relato de Ackerley estaba lleno de detalles cotidianos y significativos de un amor de este mundo y cara a cara. Recibir amor incondicional de otro es una fantasía neurótica casi nunca excusable; esforzarse en satisfacer las desordenadas condiciones del amor es una cuestión distinta. La permanente búsqueda del conocimiento de la intimidad del otro, y los errores cómicos y trágicos inevitables en esa misión, exigen mi respeto, tanto si el otro es animal o humano, o incluso inanimado. La relación de Ackerley con Tulip se ganó el nombre de amor.

He aprendido de muchos amantes de los perros. Estas personas usan la palabra amor con moderación, porque aborrecen, cómo los perros se toman por dependientes peluches con pelo semejantes a los niños. Por ejemplo, Linda Weisser criadora de perros guardianes de ganado de la raza Gran Pirineo durante más de treinta años, activista de la salud en la cría y maestra en todos los aspectos del cuidado, comportamiento, historia y bienestar de estos perros. Su sentido de la responsabilidad hacia los perros y hacia las personas que los tienen es impresionante. Weisser enfatiza el amor a un *tipo* de perro, a una raza, y habla de lo que hay que hacer cuando la gente se preocupa de estos perros en su conjunto, y no sólo de su propio perro. Sin un gesto de

dolor, ella recomienda matar a un perro de rescate agresivo o a cualquier perro que ha mordido a un niño; hacerlo podría significar salvar la reputación de una raza y las vidas de otros perros, por no mencionar a los niños. Para ella, el “perro en su conjunto” es tanto un tipo como un individuo. Este amor le conduce a ella, y también a otros, a través de los recursos de la modesta clase media, a la autoeducación científica y médica, a la acción pública, a la orientación y a mayores compromisos de tiempo y recursos.

Weisser también habla sobre un “perro de su corazón” especial —una perra que vivió con ella hace muchos años y que todavía la conmueve—. Escribe con un lirismo ácido sobre la perra común y corriente que llegó a su casa a los dieciocho meses y que estuvo gruñendo durante tres días, pero que ahora acepta galletas de su nieta de nueve años, permite que la niña le saque comida y los juguetes y de forma tolerante gobierna a las perras más jóvenes de la casa.

Amo a esta perra más allá de las palabras. Es inteligente, orgullosa y dominante, y si un gruñido de vez en cuando es el precio que tengo que pagar por tenerla en mi vida, que así sea (*Great Pyrenees Discussion List*, 29/9/02).

Weisser atesora de forma llana estos sentimientos y estas relaciones. Se apresura a insistir en que la raíz de su amor es

el placer profundo, incluso la alegría, de compartir mi vida con un ser diferente, cuyos pensamientos, sentimientos, reacciones y probablemente necesidades de supervivencia son diferentes de los nuestros. Y de algún modo, para que todas las especies en este “bando” prosperen, tenemos que aprender a entender y respetar esas cosas (*Great Pyrenees Discussion List*, 14/11/01).

Considerar a un perro como un niño peludo, incluso metafóricamente, denigra a los perros y a los niños —y habilita que los niños sean mordidos y los perros sean asesinados—. En 2001 Weisser tenía once perros y cinco gatos en casa. Durante toda su vida adulta ha tenido, criado y enseñado a perros, y ha educado a tres hijos humanos y ha continuado con una vida cívica y política plena como aguda feminista de izquierdas. Compartir el lenguaje humano con sus niños, amigos y camaradas es irremplazable.

Aunque mis perros son capaces de amarme (creo), nunca he tenido una conversación política interesante con ninguno de ellos. Por otra parte, aunque mis hijos pueden hablar, carecen del verdadero sentido “animal” que me permite tocar, aunque brevemente, el “ser” de otra especie tan diferente a la mía con toda la alucinante realidad que eso me brinda (*Great Pyrenees Discussion List*, 14/11/01).

Amar a los perros como lo hace Weisser no es incompatible con una relación de mascota; de hecho, las relaciones de mascota pueden promover, y de hecho frecuentemente lo hacen, este tipo de amor. Ser una mascota me parece un trabajo exigente para un perro, que requiere el autocontrol y las habilidades caninas emocionales y cognitivas que les corresponden a los buenos perros trabajadores. Muchas mascotas y gente con mascotas merecen respeto. Más aún, el juego entre los humanos y las mascotas, o simplemente pasar el tiempo de forma tranquila estando juntos, trae alegría a todos los participantes. Seguramente ése es uno de los significados importantes de las especies de compañía. Sin embargo, el estatus de mascota pone al perro especialmente en riesgo en sociedades como en la que yo vivo —el riesgo de abandono cuando mengua el afecto humano, cuando la conveniencia de la gente toma prioridad o cuando el perro falla en su entrega en la fantasía del amor incondicional—.

Muchos de los amantes verdaderos de los perros que he conocido haciendo mi investigación enfatizan la importancia que tienen para los perros los trabajos que les dejan menos vulnerables ante los caprichos consumistas de los humanos. Weisser conoce a muchos ganaderos cuyos perros guardianes son respetados por el trabajo que hacen. Algunos son amados y otros no, pero su valor no depende de una economía de los afectos. En concreto, el valor de los perros —y su vida— no depende de la percepción humana de que los perros los aman. Más bien, el perro tiene que hacer su trabajo y como dice Weisser, el resto es un añadido.

Donald McCaig, el astuto escritor y entrenador de perros pastores border collie, está de acuerdo. Sus novelas, *Nops Hope* [La esperanza de Nop] y *Nops Trial* [La prueba de Nop], son una soberbia introducción a las potentes relaciones entre los perros pastores trabajadores y sus dueños. McCaig apunta que los perros pastores trabajadores, como categoría, están “en algún lugar entre el 'ganado' y un 'compañero de trabajo’” (*Canine Genetics Discussion List*, 30/11/00). Una consecuencia de ese estatus es que el criterio del perro puede, en ocasiones, ser mejor que el del humano en el trabajo. Respeto y confianza, no amor, son las críticas demandas de una buena relación laboral entre estos perros y los humanos. La vida del perro depende más de la habilidad —y de una economía rural que no colapse— y menos de una fantasía problemática.

En su fervor por poner en primer plano la necesidad de la crianza, del entrenamiento y del trabajo para mantener las preciosas habilidades de pastoreo de la raza que él mejor conoce y por la que más se preocupa, creo que

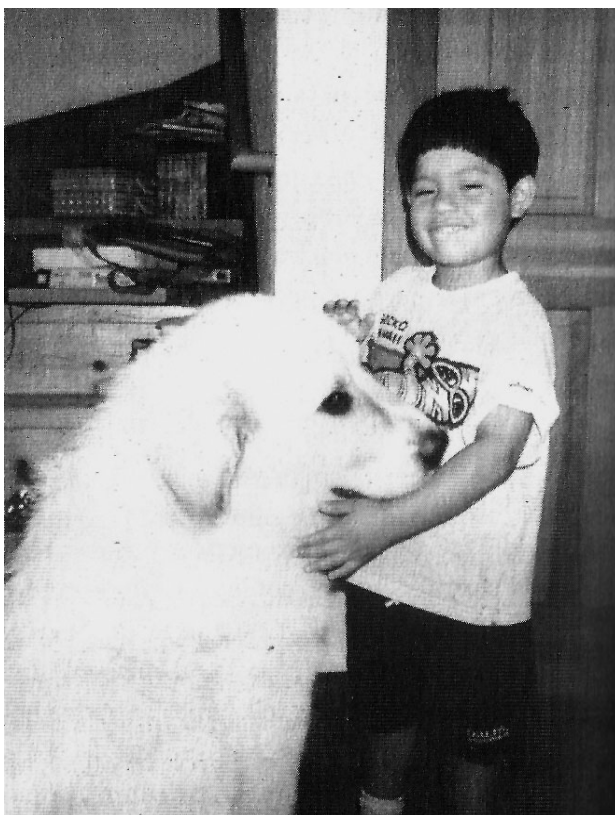


Fig. 2 Marco Harding y Willem de Koenig Caudill, la mascota Gran Pirineo criada por Linda Weisser. Fotografía de la autora.

McCaig a veces devalúa y describe mal tanto las relaciones de mascota como las de las actividades deportivas en el mundo canino. También sospecho que su trato con estos perros bien podría ser llamado amor si esa palabra no estuviera tan corrompida por la infantilización de los perros en nuestra cultura y por nuestro rechazo a honrar a la diferencia. Las naturoculturas caninas necesitan de su insistencia en la funcionalidad del perro, preservada sólo para prácticas deliberadas vinculadas con

el trabajo, incluyendo la cría y oficios económicamente viables. Necesitamos el conocimiento de Weisser y McCaig sobre el trabajo de un tipo de perro, sobre el perro en su conjunto y sobre la especificidad de los perros. De otro modo, el amor mata, incondicionalmente, tanto a los tipos como a los individuos.

IV Relatos de Entrenamiento

De Notas de la hija de un periodista deportivo:

Marco, mi ahijado, es el niño amadrinado de Cayenne; ella, es la ahijada perra de Marco. Somos un grupo familiar ficticio en entrenamiento. Quizá el escudo heráldico de nuestra familia podría tomar su lema de la revista sobre literatura, política y artes caninas de Berkeley inspirada en el Barb¹; concretamente, The Bark, [El ladrido], en cuyo subtítulo se lee “el perro es mi copiloto”. Cuando Cayenne tenía doce semanas de edad y Marco seis años, mi marido Rusten y yo le regalamos unas clases de entrenamiento para cachorros para Navidad. Con Cayenne en su jaula para el coche, yo recogía a Marco del colegio los martes, conducía hasta el Burger King para una cena de hamburguesas, coca cola y patatas, sana y beneficiosa para el planeta, y luego me dirigía a la sede de la Protectora de Animales de Santa Cruz para nuestra clase. Como muchos de su raza, Cayenne era una joven inteligente y dispuesta, nacida para los juegos de obediencia. Como muchos de su generación, educados en los efectos especiales visuales de

¹ El *Berkeley Barb* fue un conocido periódico contracultural publicado entre 1965 y 1980 (nota de la edición).

alta velocidad y en los juguetes automáticos cibernético, Marco era un entrenador brillante y motivado, nacido para los juegos de control.

Cayenne aprendía las señales rápido y por ello pronto dejaba caer su trasero en el suelo en respuesta a la orden de "sit". Además, practicaba en casa conmigo. Extasiado, Marco al principio la trataba como a un camión con microchip implantado cuyo control remoto estaba en su poder. Presionaba un botón imaginario; su cachorro mágicamente cumplía las intenciones de su voluntad omnipotente y remota. Dios amenazaba convertirse en nuestro copiloto. Yo, una adulta obsesiva que llegó a la mayoría de edad en las comunidades de finales de los sesenta, estaba comprometida con los ideales de la intersubjetividad y la mutualidad de todas las cosas, definitivamente incluyendo el entrenamiento del perro y del niño. La ilusión de la atención y la comunicación mutuas era mejor que nada, pero yo realmente quería más que eso. Además, aquí era la única adulta presente de las dos especies. Intersubjetividad no significa "igualdad", un juego literalmente mortal en el mundo de los perros; pero sí significa prestar atención a la danza conjunta, cara a cara, de la otredad significativa. Además, como fanática del control que soy, tenía que llevar la batuta, al menos las noches de los martes.

Marco estaba al mismo tiempo tomando lecciones de karate y amaba profundamente a su profesor. Este buen hombre entendía el amor de los niños por el drama, el ritual y el kimono, así como la disciplina mental-espiritual-física de su arte marcial. "Respeto" era la palabra y el acto que Marco, en éxtasis, me repetía al hablar sobre sus lecciones. Se embelesaba ante la oportunidad de recoger su pequeña figura en kimono en la postura prescrita y hacer formalmente una reverencia a su maestro o a su compañero antes de realizar la kata. Calmar su turbulento yo de primer grado y encontrarse con los ojos de su profesor o de su compañero en

preparación para esa acción demandante y estilizada le emocionaba. ¡Eh! ¿Iba yo a dejar de aprovechar una oportunidad como ésa para mi búsqueda de la prosperidad de las especies de compañía?

“Marco”, dije, “Cayenne no es un camión cibernético; ella es tu compañera en un arte marcial llamado obediencia. Tú eres el compañero mayor y el maestro aquí. Tú has aprendido cómo mostrar respeto con tu cuerpo y con tus ojos. Tu trabajo es enseñar la kata a Cayenne. Hasta que encuentres un modo de enseñarle cómo recoger su galopante yo cachorro calmadamente y mantenerlo quieto y mirarte a los ojos, no podrás dejarle realizar la orden de 'sit'”. Para ella no sería suficiente sólo sentarse en el momento justo, ni para él recompensarla con una golosina. Aquello sería necesario, sin duda, pero la orden era equivocada. Primero, estos dos jóvenes tenían que aprender a registrarse el uno al otro. Tenían que entrar en el mismo juego. Creo que Marco empezó a emerger como entrenador de perros durante las seis semanas siguientes. Creo también que mientras él aprendía a mostrarle la postura corporal del respeto entre especies, ambos se convirtieron en otredades significativas para el otro.

Dos años después, desde la ventana de la cocina vislumbré a Marco en el patio trasero haciendo doce mástiles de esquivas con Cayenne cuando no había nadie presente. Los mástiles de esquivas son uno de los objetos más difíciles de enseñar y realizar en agility. Creo que los rápidos y bellos mástiles de esquivas de Cayenne y Marco eran dignos de su profesor de karate.

SERVIDUMBRE POSITIVA

En 2002, la consumada competidora y profesora de agility Susan Garrett escribió un ampliamente aclamado panfleto de entrenamiento llamado *Ruff Love* [Amor con correa], publicado por la editorial Clean Run Productions, especializada en perros y agility. Basado en la teoría conductista del aprendizaje y sus populares métodos de entrenamiento positivo, que han proliferado como hongos en el mundo de los perros en los últimos veinte años, el folleto instruye a cualquier persona con perro que quiera una relación de entrenamiento más cercana y responsable con él. Problemas como que un perro no venga cuando se le llama o una agresión inapropiada se tienen seguramente en cuenta; pero, más aún, Garrett trabaja para inculcar actitudes basándose en las investigaciones bioconductistas y para poner herramientas efectivas en manos de sus estudiantes de agility. Trata de mostrar cómo crear una relación de atención energética que sea gratificante para los perros y para los humanos. El entusiasmo no opcional, espontáneo y orientado tiene que ser el logro del perro que con anterioridad había sido el más negligente y distraído. Tengo el fuerte presentimiento de que Marco ha sido el sujeto de una pedagogía similar en su progresista escuela elemental. Las reglas son simples en principio y sutilmente exigentes en la práctica: a saber, marcar la conducta deseada con una señal instantánea para después conseguir un premio entregado dentro del período de tiempo apropiado para la especie en cuestión. El mantra del entrenamiento positivo popular, “click & treat”, es sólo la punta de un vasto iceberg post-“disciplina y castigo”.

Como el reverso del folleto de Garrett proclama enfáticamente con una caricatura, positivo no significa permisivo. De hecho, nunca he leído un manual de

entrenamiento para perros más comprometido con el control casi absoluto a los fines de satisfacer las intenciones humanas: en este caso, una actuación de élite en un deporte exigente, entre dos especies y competitivo. Este tipo de actuación sólo puede provenir de un equipo que está altamente motivado, que no trabaja bajo coacción, sino que conoce las energías de cada uno y que confía en la honestidad y coherencia de los gestos de dirección y de los movimientos de respuesta.

El método de Garrett es riguroso, filosófica y prácticamente. El compañero humano debe montar las cosas de tal modo que el perro vea al torpe bípedo como la fuente de todo lo bueno. Las oportunidades del perro de conseguir recompensas de alguna otra manera deben ser eliminadas en lo posible mientras se lleva a cabo el programa de entrenamiento, generalmente unos pocos meses. El romántico puede acobardarse frente a los requerimientos de mantener a su perro en una jaula o atado al humano con una correa floja. Se le prohíbe al animal todos los placeres de divertirse cuando quiera con otros perros, de correr detrás de la provocación de una ardilla o de trepar al sofá —salvo y hasta que esos placeres sean otorgados para exhibir autocontrol y capacidad de respuesta a las órdenes humanas en un casi cien por cien de las veces—. El humano debe mantener un registro detallado de la tasa de respuesta correcta *real* del perro para cada tarea, en vez de contar cuentos sobre las cotas de genialidad que su perro seguramente debe haber alcanzado. Un humano deshonesto está en graves problemas en el mundo del amor con correa.

Las compensaciones para el perro son innumerables. ¿Dónde más si no puede un can contar con numerosas sesiones de entrenamiento específico por día, cada una diseñada para que el perro no cometa errores, sino para que sea recompensado por la rápida entrega de premios,

juguetes y libertades, todas ellas cuidadosamente calibradas para suscitar y mantener la máxima motivación de cada pupilo particular e individualmente reconocido? ¿Dónde más si no en el mundo de los perros las prácticas de entrenamiento apuntan a lograr un perro que ha aprendido a aprender y que ofrece con entusiasmo “comportamientos” nuevos que podrían ser incorporados al deporte o a las rutinas de vida, en vez de cumplir malhumoradamente (o no) con compulsiones pobremente comprendidas? Garrett da instrucciones a los humanos para hacer cuidadosas listas de lo que al perro de hecho le gusta e instruye a la gente sobre cómo jugar con sus compañeros de un modo que a *los perros* les gusta, en vez de reducirlos con mecánicos lanzamientos humanos de pelotas o con una sobre-excitación intimidante. Además de todo ello, el humano debe de hecho disfrutar jugando de maneras apropiadas para los perros, o tendrán que descubrirlas. Cada juego del libro de Garrett podría ser orientado a lograr el éxito de acuerdo a metas humanas pero, a no ser que el juego involucre al perro, todo es en vano.

En resumen, la mayor demanda para el humano es precisamente lo que la mayoría de nosotros ni siquiera sabemos que no sabemos cómo hacer —es decir, cómo ver lo que los perros son y escuchar lo que nos están diciendo, no en una descarnada abstracción, sino en una relación de uno a uno, en conexión con la otredad—.

No hay lugar en la práctica y la pedagogía de Garrett para el romanticismo sobre el corazón salvaje del perro natural o para las ilusiones de una igualdad social entre la clase de los mamíferos, pero hay un gran espacio para la atención disciplinada y los logros honestos. La violencia psicológica y física no forma parte en este drama de entrenamiento: las tecnologías de gestión del comportamiento tienen un papel estelar. Yo he cometido suficientes errores

de entrenamiento bienintencionados —algunos de ellos dolorosos para mis perros y otros peligrosos para las personas y para otros perros, por no decir inútiles para progresar en agility— como para no prestarle atención a Garrett. Científicamente al día, la práctica asentada de forma empírica es relevante y aprender la teoría no es palabrería vacía, incluso si es todavía un discurso severamente limitado y un instrumento áspero. No obstante, tengo lo suficiente de crítica cultural como para ser incapaz de silenciar las ardientes ideologías del amor duro en los Estados Unidos de alta presión, orientados al éxito e individualistas. Los principios tayloristas de la gestión científica del siglo XX y las ciencias de gestión del personal de la América corporativa han encontrado un lugar seguro en torno al campo del agility posmoderno. Tengo lo suficiente de historiadora de la ciencia para ser incapaz de ignorar las afirmaciones fácilmente infladas, históricamente descontextualizadas y excesivamente generalizadas sobre el método y la experiencia en el discurso del entrenamiento positivo.

Aun así, presto mi desgastada copia de *Ruff Love* a mis amigos y conservo mis premios de galletas de hígado en mi bolsillo. Es más, Garrett me hace admitir la sorprendente capacidad que la gente con perro como yo tenemos de mentirnos sobre las conflictivas fantasías que proyectamos sobre nuestros perros en nuestro entrenamiento inconsistente y en nuestras deshonestas evaluaciones de lo que está de hecho ocurriendo. Su pedagogía de servidumbre positiva hace posible un tipo de libertad seria e históricamente específica para los perros; es decir, la libertad de vivir a salvo en ambientes con multitud de especies, urbanos y suburbanos, con muy pocas restricciones físicas y ningún castigo corporal, mientras logran jugar a un deporte exigente con todas las evidencias de una motivación que se automaterializa. En el mundo de los perros, estoy aprendiendo lo que mis

profesores de la facultad querían decir en sus seminarios sobre libertad y autoridad. Creo que a mis perros les gusta bastante el amor riguroso con correa. Marco sigue siendo más escéptico.

RUDA BELLEZA

Vicki Hearne —la famosa entrenadora de animales de compañía, amante de perros difamados como el *american Staffordshire terrier* y el *airedale*, y filósofa del lenguaje— es a primera vista lo contrario de Susan Garrett. Hearne, que murió en 2001, sigue siendo la espina clavada en la pata de los partidarios de los métodos de entrenamiento positivo. Para horror de muchos entrenadores profesionales y gente con perro ordinaria, incluyéndome a mí misma, que hemos sufrido una conversión casi religiosa desde los métodos de entrenamiento para perros al estilo militar de Koehler, que no recuerdo con mucho cariño por las correcciones, como tirones de correa y pellizcos en las orejas, a las alegrías de repartir velozmente galletas de hígado bajo la mirada aprobadora de los teóricos del aprendizaje conductista. Hearne no viró desde el viejo camino para abrazar el nuevo. Su menosprecio por el entrenamiento a base de premios puede ser mordaz, excedido sólo por su feroz oposición al discurso de los derechos de los animales. Me avergüenzo con su pellizco en mis orejas por mis nuevas prácticas de entrenamiento recién halladas y me regocijo con su “*alpha roll*”² a las ideologías de los derechos de los animales. La coherencia y el poder de la crítica de Hearne tanto hacia

2 El “*alpha roll*” es una técnica de entrenamiento canino muy cuestionada, que consiste en someter por la fuerza al perro, tumbándolo en el suelo y evitando que vuelva a levantarse, para reafirmar el liderazgo del entrenador. (nota de la edición)

los adictos a los premios como hacia los amantes de los derechos, sin embargo, exigen mi respeto y me advierten sobre un lazo familiar. Hearne y Garrett son hermanas de sangre bajo la piel.

La clave de esta línea de parentesco cercano es su atención concentrada en lo que los perros les están diciendo, y por lo tanto, exigiéndoles. ¡Aleluya! Estas pensadoras atienden a los perros, en todas esas complejidades y particularidades caninas situadas, como demanda incondicional de la práctica de su relación. No hay ninguna duda de que los entrenadores conductistas y Hearne tienen importantes diferencias sobre los métodos, algunas de las cuales pueden ser resueltas mediante una investigación empírica, mientras que otras están embebidas de talento personal y carisma entre especies o en los inconmensurables conocimientos tácitos de las diversas comunidades de prácticas. Algunas de las diferencias también residen probablemente en la terquedad de los humanos y en el oportunismo canino. Pero el “método” no es lo que más importa entre especies de compañía: la “comunicación” a través de la diferencia irreductible es lo importante. La conexión parcial situada es lo relevante; los perros y humanos resultantes emergen juntos de ese juego. El respeto es el meollo de la cuestión. Los buenos entrenadores practican la disciplina de las especies de compañía relacionándose bajo el signo de la otredad significativa.

El libro más conocido de Hearne sobre comunicación entre animales de compañía y seres humanos, *Adam's Task* (La tarea de Adán) (Random House, 1982), está mal titulado. El libro trata sobre una conversación en dos direcciones, no sobre el acto de nombrar. Adán lo tenía fácil en su labor categórica. No tenía que preocuparse por responder y Dios, no un perro, le hizo ser quien era, a Su propia imagen, por increíble que parezca. Para complicar las

cosas, Hearne se tiene que preocupar por la conversación cuando el lenguaje humano no es el medio, pero no por las razones que darían la mayoría de lingüistas o filósofos del lenguaje. A Hearne le gusta que los entrenadores usen su lenguaje ordinario en su trabajo: ese uso resulta ser importante para entender qué le pueden estar diciendo los perros, pero no porque los perros sean peludos humanoides parlantes. Ella defiende rotundamente muchos de los denominados antropomorfismos y nadie como ella presenta un argumento de forma más elocuente sobre las prácticas lingüísticas cargadas de intenciones y adjudicadoras de conciencia de los entrenadores de circo, jinetes y entusiastas de la obediencia canina. Todo ese lenguaje filosóficamente sospechoso es necesario para mantener a los humanos alerta ante el hecho de que hay alguien ahí, en los animales con los que trabajan.

Precisamente *quién* está ahí debe ser puesto en cuestión permanentemente. La clave está en el reconocimiento de que uno no puede *conocer* al otro o a sí mismo, sino que tiene que preguntar constantemente quién y qué está emergiendo en la relación. Esto vale para todos los amantes verdaderos, de cualquiera de las especies. Los teólogos describen el poder de la “manera negativa de conocer” a Dios. Porque Quien/lo Que sea es infinito, un ser finito sin idolatría sólo puede especificar qué no es, es decir, no es la proyección de uno mismo. El amor es otro nombre para ese tipo de conocimiento “negativo”. Creo que aquellas consideraciones teológicas son poderosas para conocer a los perros, especialmente para entrar en una relación, como la de entrenamiento, que merezca el nombre de amor.

Creo que todas las relaciones éticas, dentro de una especie o entre especies, están tejidas con el fuerte hilo de seda de la precaución continua con la otredad dentro de la relación. No somos uno, y ser depende de llevarse bien

juntos. La obligación es preguntar quiénes están presentes y quiénes emergentes. Sabemos por investigaciones recientes que los perros, incluso los cachorros crecidos en una perrera, responden mucho mejor a las señales visuales, indicadoras (señalar) o de golpeteo de los humanos en los *test* de encontrar comida que los habitualmente más brillantes lobos o que los chimpancés, más similares a los humanos. La supervivencia de los perros en el tiempo, como especie y como individuo, depende normalmente de leer bien a los humanos. Será entonces que estamos muy seguros de que la mayoría de los humanos responde bien a estos *test* con mayor probabilidad de lo que los perros muestran. En fructífera contradicción, Hearne piensa que los idiomas de atribución de intenciones de los adiestradores de perros experimentados pueden prevenir el tipo de antropomorfismo literal que ve humanos peludos en cuerpos animales y mide su valía en escalas de parecido con los sujetos humanistas, portadores de derechos, de la filosofía y de la teoría política occidentales.

Su resistencia al antropomorfismo literal y su compromiso con la otredad significativa en conexión alimentan los argumentos de Hearne contra el discurso de los derechos de los animales. Dicho de otro modo: ama el logro entre especies que se ha hecho posible por la disciplina jerárquica del entrenamiento de los animales de compañía. Hearne encuentra la excelencia en la acción bella, dura, específica y personal. Está en contra de las abstractas escalas de comparación de las funciones mentales o de la consciencia que clasifica a los organismos en una gran cadena contemporánea de seres, y de asignar privilegios o tutela en consecuencia. Está más allá de la especificidad.

La intolerable equivalencia del asesinato de los judíos en la Alemania nazi, el Holocausto, con las matanzas del

complejo de la industria cárnica, que se hizo famosa por el personaje de Elizabeth Costello en la novela de J.M. Coetzee, *The lives of animals* [La vida de los animales], o la equivalencia de las prácticas de la esclavitud humana con la domesticación de los animales no tiene sentido en el marco teórico de Hearne. Las atrocidades, así como los preciados logros, merecen sus propios lenguajes potentes y sus respuestas éticas, incluyendo la asignación de prioridad en la práctica. La emergencia situada de más mundos habitables depende de esa sensibilidad diferencial. Hearne ama la belleza de la coreografía ontológica cuando los perros y los humanos conversan con habilidad, cara a cara. Está convencida de que ésta es la coreografía de la “felicidad animal”, el título de otro de sus libros.

En su famosa crítica de la revista *Harper's* en septiembre de 1991 titulada *Horses, Hounds and Jeffersonian Happiness: Whats Wrong with Animal-Rights?* [Caballos, sabuesos y la felicidad jeffersoniana: ¿Qué tienen de malo los derechos de los animales?] (disponible online con un nuevo prólogo en www.dogtrainingarts.com), Hearne se preguntaba qué podría ser la “felicidad de un animal” de compañía. Su respuesta: la capacidad de satisfacción que viene del esfuerzo, del trabajo y del cumplimiento de lo posible. Este tipo de felicidad proviene de sacar afuera lo que está dentro; es decir, de lo que Hearne dice que los entrenadores de animales llaman “talento”. Gran parte del talento de los animales de compañía puede sólo alcanzar la fruición en el trabajo de entrenamiento *relacional*. Siguiendo a Aristóteles, Hearne argumenta que esta felicidad trata fundamentalmente sobre una ética comprometida con “hacerlo bien”, con la satisfacción del logro. Un perro y un adiestrador descubren la felicidad juntos en la labor de entrenamiento. Eso es un ejemplo de las naturoculturas emergentes.

Este tipo de felicidad trata sobre anhelar la excelencia y tener la oportunidad de intentar alcanzarla en términos reconocibles para seres concretos, no para abstracciones categóricas. No todos los animales se parecen: su especificidad —de tipo y de individuo— es importante. La especificidad de su felicidad es importante, y eso es algo que tiene que ser traído a la emergencia. La traducción de Hearne de la felicidad aristotélica y jeffersoniana trata sobre el florecimiento del ser humano y el animal como seres mortales unidos. Si el humanismo convencional está muerto en los mundos post-cíborg y post-coloniales, el caninismo jeffersoniano puede todavía merecer nuestra atención.

Trayendo a Thomas Jefferson a la cucha, Hearne cree que el origen de los derechos está en la relación comprometida, no en categorías de identidades separadas y preexistentes. De todas formas, en el entrenamiento, los perros obtienen “derechos” de humanos específicos. En la relación, los perros y los humanos construyen “derechos” cada uno para el otro, como el derecho a demandar respeto, atención y reacción. Hearne describió el deporte de la obediencia del perro como un lugar para incrementar el poder de éste a la hora de afirmar derechos frente al humano. Aprender a obedecer honestamente a su propio perro es la abrumadora tarea del propietario. Manteniendo su lenguaje inexorablemente político y filosófico, Hearne asevera que, educando a sus perros, ella “concede derechos” a la relación. La cuestión acaba derivando no en qué son los derechos de los animales, como si existieran preformados para ser descubiertos, sino en cómo puede un humano entrar en una relación de derecho con un animal. Tales derechos, enraizados en la posesión recíproca, resultan ser difíciles de disolver y las demandas que hacen les cambia la vida a los dos miembros de la pareja.

Los argumentos de Hearne sobre la felicidad de los animales de compañía, la posesión recíproca y el derecho a la búsqueda de la felicidad están a años luz de las adscripciones al estado de “esclavitud” de todos los animales domésticos, incluyendo las “mascotas”. Además, para ella, las relaciones cara a cara de las especies de compañía hacen posible algo nuevo y elegante, y esa cosa nueva no es la tutela humana en lugar de la propiedad, incluso si tampoco se trata de relaciones de propiedad como se entienden de forma convencional. Hearne no sólo ve a los humanos, sino también a los perros, como seres con una capacidad específica de especie para la comprensión moral y los logros serios. La posesión —la propiedad— trata sobre la reciprocidad y el acceso a los derechos. Si yo tengo un perro, mi perro tiene un humano; lo que está en juego es qué significa eso de forma concreta. Hearne remodela las ideas de propiedad y de felicidad de Jefferson, incluso trayéndolas a los mundos del rastreo, la caza, la obediencia y los modales domésticos.

El ideal de la felicidad y los derechos animales de Hearne está también a años luz del alivio del sufrimiento como núcleo de la obligación humana para con los animales. La obligación humana para con los animales de compañía es mucho más decadente que eso, incluso tan abrumadora como lo son la habitual crueldad y la indiferencia en este campo. La ética de la prosperidad descrita por la feminista medioambiental Chris Cuomo está cerca de la aproximación de Hearne. Algo importante viene al mundo en la práctica relacional del entrenamiento; todos los participantes se remodelan por ello. Hearne amaba el lenguaje sobre el lenguaje; habría reconocido el metaplasmo de principio a fin.

APRENDIZ DE AGILITY

De *Notas de la hija de un periodista deportivo*, octubre de 1999:

Querida Vicki Hearne,

La semana pasada me vino a la cabeza la imagen de Roland, mi mestizo de aussie, contigo, y eso me hizo recordar que esas cosas son multidimensionales y situacionales, y que describir el temperamento de un perro exige más precisión que la que yo he logrado. Solemos ir, sin correa, a una playa rodeada por un acantilado, casi todos los días. Hay dos clases principales de perros allí: retrievers (perros de caza) y metarretrievevers. Roland es un metarretrievever. Juega a la pelota con Rusten y conmigo de vez en cuando (o cada vez que sumemos al deporte una galleta de hígado o dos), pero no le va la vida en ello. La actividad no es realmente gratificante para él y su falta de estilo lo demuestra. Pero ser un metarretrievever es otra cosa. Los retrievers miran a cualquiera que esté a punto de lanzar una pelota o un palo como si sus vidas dependieran de los próximos segundos. Los metarretrievevers miran a los retrievers con exquisita sensibilidad hacia las señales de dirección y hacia el microsegundo del salto. Estos metaperros no miran la pelota o al humano; miran a los rumiantes sustitutos de piel de perro. Roland en modo meta parece un aussie border collie modelado para una lección de platonismo. Sus cuartos traseros están bajos, sus patas delanteras una delante de la otra y ligeramente apartadas, en un equilibrio que salta a la mínima, su pelo del lomo semierizado, sus ojos concentrados, su cuerpo entero preparado para saltar en una acción fuerte y directa. Cuando los retrievers arremeten tras el proyectil, los metarretrievevers salen de su mirada intensa y se lanzan a los cabezazos, pisándoles los talones, apiñándose y cortando sus ataques con alegría y habilidad. Los buenos

metarretrieveers pueden incluso encargarse de más de un retriever a la vez. Los buenos retrievers pueden esquivar a los metas y lograr atrapar el objeto con saltos increíbles para el ojo —o salir disparados hacia las olas, si las cosas se han ido al mar-

Como no tenemos patos o alguna oveja o ganado sustituto en la playa, los retrievers tienen que cumplir su tarea con los metas. Algunas personas con retriever se oponen a esta multifunción de sus perros (difícilmente les puedo culpar), por lo que quienes llevamos metas tratamos de distraer a nuestros perros de vez en cuando con algún juego que inevitablemente ellos encuentran menos satisfactorio. El jueves dibujé una caricatura mental como las de Larson, mientras miraba Roland, a un viejo y artrítico pastor inglés, a un adorable aussie rojo tricolor y a un mestizo de border collie formando un gran círculo alrededor de un pastor cruza con labrador, una plétora de diversos goldens y un pointer que rondaban a un humano que — individualista y liberal en América hasta el fin— trataba de arrojar su palo sólo a su perro.

Correspondencia con Gail Frazier, profesor de agility, 6 de mayo de 2001:

Hola, Gail

Tus pupilos, el perro Roland y yo, logramos dos puntuaciones clasificatorias en estándar principiantes en el torneo de la USDAA este fin de semana!

Nuestra participación en el juego gamblers el sábado por la mañana fue una mala apuesta. Fuimos una deshonra para Agilitude en nuestra carrera de salto, que finalmente tuvo lugar a las seis y media de la tarde del sábado. En nuestra defensa, después de levantarnos a las cuatro de la mañana y habiendo dormido tres horas para llegar a Hayward para la competencia, tuvimos suerte de estar en

pie para entonces, y mucho más de poder correr y saltar. Tanto Roland como yo corrimos hacia circuitos de salto totalmente distintos, y ninguno de los dos era el indicado por el juez. Pero nuestras carreras estándar del sábado y del domingo fueron las dos verdaderamente bonitas, y en una de ellas ganamos el primer puesto. Las patas de Roland y mis hombros parecían haber nacido para bailar juntos.

Cayenne y yo iremos a Haute Dawgs en Dixon el próximo sábado para su primera competición amistosa. Deséanos suerte. Hay muchas formas de fallar estrepitosamente en un circuito, pero hasta ahora todos han sido divertidos o al menos instructivos. Analizando minuciosamente nuestras respectivas carreras del domingo por la tarde en Hayward, un hombre y yo nos estuvimos riendo ante la cósmica arrogancia de la cultura estadounidense (en este caso, de nosotros mismos), en la que generalmente nos creemos que los errores tienen causas y que podemos conocerlas. Los dioses se están riendo.

EL RELATO DEL JUEGO

Parcialmente inspirado por los eventos de salto de caballo, el deporte de perros agility apareció por primera vez en la muestra de perros Crufts de Londres en febrero de 1978 como entretenimiento mientras duraba la pausa tras el campeonato de obediencia y antes de la evaluación de grupo. También en el pedigrí de agility estaba el entrenamiento de los perros policía, que comenzó en Londres en 1946 y que usaba obstáculos como la rampa de gran inclinación que el ejército ya había adoptado para sus cuerpos caninos. Los *Dog Working Trials*, una

exigente competición británica que incluía salto de barras de un metro, salto de panel de dos metros y salto de longitud de tres metros, añadieron una tercera pata al origen familiar del agility. Para los primeros juegos de agility, se recogieron subibajas de parques infantiles y los tubos de ventilación de las minas de carbón se pusieron en funcionamiento como túneles. Los hombres —algunos “tipos que trabajaban dentro de las minas de carbón y querían un poco de diversión con sus perros”, en palabras del entrenador de perros e historiador del agility británico John Rogerson— fueron los originales entusiastas de estas actividades. Crufts y la televisión, patrocinados por *Pedigree Pet Foods*, aseguraron que el género y la clase fueran tan variadas en el deporte como el linaje de su equipamiento.

Inmensamente popular en Gran Bretaña, el agility se propagó por el mundo aún más rápidamente que la dispersión global de los perros tras su domesticación. La *United States Dog Agility Association* (USDAA) se fundó en 1986. En el año 2000, el agility atraía a miles de adictos participantes en cientos de encuentros a lo largo del país. Normalmente, un evento de fin de semana convoca a más de trescientos perros y adiestradores, y muchos equipos de hacen torneos mensuales y entrenan por lo menos una vez por semana. El agility crece con fuerza en Europa, Canadá, América Latina, Australia y Japón. Brasil ganó la Copa del Mundo de la *Fédération Cynologique Internationale* en 2002. El evento del Grand Prix de la USDAA se televisa y sus videos son devorados por los entusiastas del agility para ver los nuevos movimientos de los grandes equipos de adiestradores y perros, y la nueva disposición del recorrido trazado por los retorcidos jueces. En varios estados hay campamentos de entrenamiento de una semana de duración a los que van cientos de estudiantes a trabajar con famosos instructores y adiestradores.

Como evidencia la revista deportiva ilustrada mensual *Clean Run*, el agility se está volviendo incluso más exigente en cuanto a técnica. Un circuito está compuesto por veinte obstáculos, más o menos, como saltos, rampas de dos metros de altura, doce mástiles de esquivas en serie, subibajas y túneles dispuestos en patrones por los jueces. Los diferentes juegos —llamados de formas tales como snooker, gamblers, pares, salto con obstáculos, túneles y

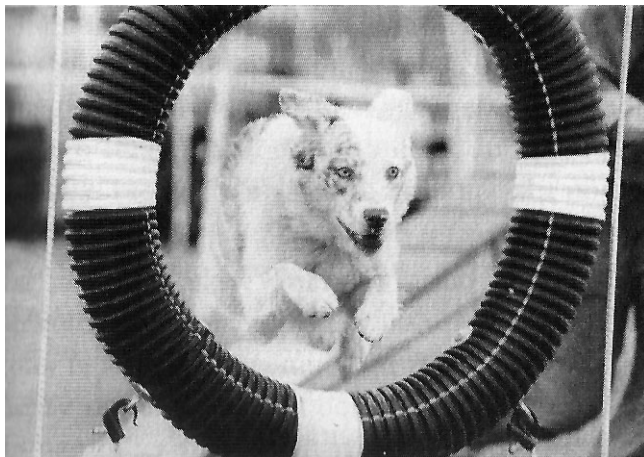


Fig. 3 Cayenne Pepper salta a través del obstáculo del neumático. Cortesía de Tien Tran Photography.

estándar— incluyen diferentes configuraciones de obstáculos y normas, y requieren diversas estrategias. Los jugadores ven los circuitos por primera vez el día del evento y recorrerlos durante diez minutos más o menos para planear sus carreras. Los perros no ven el circuito hasta que lo están de hecho corriendo.

Los humanos dan señales con la voz y el cuerpo; los perros navegan los obstáculos a toda velocidad en el orden designado. La puntuación depende del tiempo y de la precisión. Una carrera normalmente lleva un minuto o menos, y los eventos se deciden por fracciones de segundo.

¡El agility depende de las rápidas contracciones nerviosas de los músculos, del esqueleto y de las neuronas! Dependiendo de la organización que lo patrocine, un equipo de perro y humano corre de dos a ocho eventos al día. El reconocimiento de los patrones de obstáculos, el conocimiento de los movimientos, la habilidad para los obstáculos difíciles y la perfección en la coordinación y la comunicación entre perro y adiestrador son las claves para una buena carrera.

El agility puede ser caro: viajar, acampar, las cuotas de inscripción y el entrenamiento fácilmente ascienden a dos mil quinientos dólares al año. Para ser bueno, el equipo necesita practicar varias veces a la semana y estar físicamente en forma. El tiempo que demanda no es trivial para los perros ni para la gente. En los Estados Unidos, las mujeres blancas de mediana edad y clase media dominan numéricamente el deporte; los mejores jugadores a nivel internacional son más variados en género, color y edad, pero probablemente no en clase. Todo tipo de perros juegan y ganan, pero razas particulares —border collies, pastores de las islas Shetland, jack russell terriers— sobresalen por el nivel de su salto en alto. El deporte es estrictamente amateur, organizado y jugado por voluntarios y participantes. Ann Leffler y Dair Gillespie, sociólogos de Utah que estudian (y juegan) al deporte, hablan sobre el agility en términos de “pasatiempo apasionado” que problematiza el punto de contacto entre lo público/loprivado y el trabajo/el ocio. Lucho por convencer a mi padre, periodista deportivo, de que el agility debería dar un codazo para apartar al fútbol y tomar su legítimo lugar en la televisión junto con el tenis de primer nivel. Más allá del simple y personal hecho de la felicidad que me proporciona el tiempo y el trabajo con mis perros, ¿por qué me importa esto? De hecho, en un mundo lleno de tantas crisis ecológicas y políticas urgentes, ¿cómo me puede importar?

El amor, el compromiso y el anhelo de talento compartido no es un juego de suma cero. Actos de amor, como el entrenamiento en el sentido de Vicki Hearne, engendran actos de amor, como preocuparse de y por otros mundos concatenados y emergentes. Ese es el meollo de mi manifiesto de las especies de compañía. Experimento el agility como un bien particular en sí mismo y también como un modo de hacerme más terrenal; es decir, más alerta a las demandas de la otredad significativa en todas las escalas que el hacer mundos más habitables demande. El diablo aquí, como en todos los sitios, está en los detalles. Los vínculos están en los detalles. Algún día escribiré un gran libro que se llamará, si no el *Nacimiento de la perrera* en honor a Foucault, *Notas de la hija de un periodista deportivo*, en honor a otro de mis progenitores, para pelear por la miríada de lazos que conectan a los perros con los muchos mundos que necesitamos hacer que florezcan. Aquí sólo lo puedo sugerir. Para hacer eso, trabajaré de forma trópica apelando a las tres frases que Gail Frazier, mi profesora de agility, usa regularmente con sus estudiantes: “has abandonado a tu perro”, “tu perro no confía en ti” y “confía en tu perro”.

Estas tres frases nos devuelven al relato de Marco, a la servidumbre positiva de Garrett y a la ruda belleza de Hearne. Una buena profesora de agility, como la mía, puede mostrar a sus estudiantes exactamente dónde han abandonado a sus perros y exactamente qué gestos, acciones y actitudes bloquean la confianza. Todo es bastante literal. Al principio, los movimientos parecen pequeños, insignificantes, el tiempo demasiado rígido, demasiado duro, la regularidad demasiado estricta, el profesor demasiado exigente. Luego, el perro y el humano descubren, aunque sólo sea por un minuto, cómo llevarse bien juntos, cómo moverse con auténtica alegría y habilidad por un recorrido duro, cómo comunicarse, cómo ser honestos. El objetivo es el oxímoron de la espontaneidad



Fig. 4- Roland pasa por encima de una barra de salto. Cortesía de Tien Tran Photography.

disciplinada. Tanto el perro como el adiestrador tienen que ser capaces de tomar la iniciativa y responder obedientemente al otro. La tarea es llegar a ser suficientemente coherentes en un mundo incoherente para involucrarse en un baile articulado del ser que engendre respeto y respuesta encarnados en la carrera, en el recorrido. Y después recordar cómo vivir así en cada escala, con todos los compañeros.

V Relatos de Raza

Hasta ahora este manifiesto ha puesto en primer plano dos tipos de escalas de espacio-tiempo co-constituidas por agencias humanas, animales e inanimadas: 1) tiempo evolucionista al nivel del planeta tierra y sus especies naturoculturales y 2) tiempo cara a cara, a la escala de los cuerpos mortales y el tiempo vital individual. Los relatos evolucionistas intentaban calmar los miedos de la gente política al reduccionismo biológico y, de la mano de mi colega de los estudios científicos, Bruno Latour, interesarles en la más alegre empresa de las naturoculturas. Los relatos de amor y entrenamiento han tratado de rendir honores al mundo en sus detalles irreductibles y personales. En cada repetición mi manifiesto trabaja como un fractal, re-inscribiendo formas similares de atención, escucha y respeto.

Es hora de hacer sonar los tonos en otra escala; a saber, el tiempo histórico en la escala de las décadas, siglos, poblaciones, regiones y naciones. Aquí, tomo prestado el trabajo de Katie King sobre feminismo y tecnologías de la escritura, donde se pregunta cómo reconocer las formas

emergentes de consciencia, incluyendo los métodos de análisis, implicadas en procesos de globalización. Escribe sobre agencias distribuidas, “estratos locales y globales”, y futuros políticos que ya deberían estar siendo actualizados. Los amantes de los perros necesitan aprender cómo heredar historias difíciles de conformar para crear futuros multi-especies más vitales. Poner el punto de atención sobre una complejidad estratificada y distribuida me ayuda a evitar tanto el determinismo pesimista como el idealismo romántico. Resulta que el país de los perros se construye desde estratos locales y globales.

Necesito a la antropóloga feminista Anna Tsing para pensar sobre la creación de una escala en el país de los perros. Ella se interroga sobre qué se tiene en cuenta como “global” en los tejemanajes financieros transnacionales de la Indonesia contemporánea. No ve entidades pre-existentes que ya tuvieran la forma y escala de las fronteras, los centros, lo local o lo global, sino en su lugar una “creación de escala” del tipo que crea mundos, en la que reabrir lo que parecía cerrado seguía siendo posible.

Finalmente traduzco —literalmente, trasladándolo al país de los perros— la comprensión de Neferti Tadiar de la experiencia como una labor histórica viva, a través de la cual los sujetos pueden estar estructuralmente situados en sistemas de poder sin ser reducidos a materia prima para los Grandes Actores como el Capitalismo y el Imperialismo. Ella me podría perdonar por incluir a los perros entre esos sujetos, y me concedería la díada humano-perro al menos de forma provisional. Veamos si contar historias de dos tipos divergentes de perros —perros guardianes de ganado (PGG¹) y pastores— y de

1 N. del T. En inglés LGD (livestock guardian dog), perro guardián de ganado.

razas institucionalizadas que emergieron de aquellos tipos —perro de montaña de los Pirineos y pastor ovejero australiano— así como de perros de ninguna raza o tipo concreto, puede ayudar a dar forma a una potente consciencia colectiva en solidaridad con mis camaradas feministas, anti-racistas, *queer* y socialistas; esto es, con la comunidad imaginada que sólo puede ser conocida a través del modo negativo de nombrar, como todas las últimas esperanzas.

De este modo negativo, cuento relatos declaratorios sin vacilar. Hay miríadas de relatos sobre el origen y el comportamiento de razas y tipos de perro, pero no todas las narrativas nacen iguales. Mis mentores en el país de los perros me han enseñado sus historias de raza, que creo que honran las pruebas documentales, orales, experimentales y experienciales tanto laicas como científicas. Los siguientes relatos son composiciones que, interpelándome desde dentro de sus estructuras, me muestran algo importante sobre las especies de compañía que conviven en las naturoculturas.

PERRO DE MONTAÑA DE LOS PIRINEOS

Los perros guardianes asociados con los pueblos criadores de ovejas —y cabras— se remontan miles de años atrás y cubren amplias franjas de África, Europa y Asia. Las migraciones locales y de amplio rango de millones de animales pastadores, pastores y perros, hasta y desde los mercados, y hasta y desde los pastos de invierno y de verano —desde las montañas Atlas del norte de Africa, cruzando Portugal y España, atravesando los montes Pirineos, cruzando la Europa del sur, pasando Turquía, dentro de la Europa del este, cruzando Eurasia a través

del Tíbet y adentrándose en el desierto del Gobi chino— han tallado, literalmente, vías profundas en la tierra y en la roca. En su interesante libro *Dogs* [Perros], Raymond y Lorna Coppinger comparan estas vías con el tallado de los glaciares. Los perros guardianes de ganado regionales se desarrollaron en distintos tipos tanto en apariencia como en actitud, pero la comunicación sexual siempre ha unido poblaciones adyacentes o nómadas. Los perros que se desarrollaron en terrenos más altos, más al norte y más fríos son más grandes que aquéllos que tomaron su forma en ecologías mediterráneas o desérticas. Los españoles, ingleses y otros europeos trajeron sus grandes mastines y sus pequeños perros pastores a las Américas en aquel masivo intercambio de genes conocido como la conquista. Semejantes poblaciones interconectadas, no aleatoriamente mezcladas, son o el sueño o la pesadilla de los biólogos de la ecología y de la genética de poblaciones, dependiendo de aquella complicada cosa llamada historia.

Los muestrarios cerrados de sementales de los clubes caninos de razas PGG de la segunda mitad del siglo XIX derivan de un número variable de individuos escogidos de entre tipos regionales, como el mastín de los Pirineos de la zona vasca de España, el gran Pirineo de las regiones vascas de Francia y España, el pastor de Maremma de Italia, el kúvasz de Hungría y el pastor de Anatolia de Turquía. Las controversias sobre la salud genética y el significado funcional de estas “islas” de poblaciones cerradas llamadas razas arrasan en el mundo de los perros. Un club de raza es parcialmente análogo a una asociación de gestión de las especies en peligro, para las cuales los cuellos de botella poblacionales y la disrupción de los antiguos sistemas genéticos de selección natural y artificial requieren acciones sostenidas y organizadas.

Tradicionalmente, los PGG protegen a los rebaños de los osos, lobos, ladrones y perros extraños. Los PGG a

menudo trabajan con perros pastores en los mismos rebaños, pero los trabajos de los cánidos son diferentes y sus interacciones limitadas. Con diferencias regionales, los más bien pequeños perros pastores estaban por todos lados, incluyendo las reservas de tipo collie de las que volveremos a oír hablar cuando regrese a los pastores australianos. Los campesinos pastores, a lo largo de toda la inmensa masa de tierra y del intervalo de tiempo de las economías de pastoreo, aplicaron rígidos estándares funcionales a sus perros que afectaron directamente a las oportunidades de supervivencia y crianza, y conformaron el tipo. Las condiciones ecológicas también moldearon a los perros y a las ovejas independientemente de las intenciones humanas. Mientras tanto, los perros, empleando diferentes criterios, seguramente ejercieron su propia propensión sexual con sus vecinos cuando tuvieron la oportunidad.

Los perros guardianes no pastorean las ovejas; las protegen de los depredadores, principalmente patrullando las fronteras y ladrando enérgicamente para ahuyentar a los extraños. Atacarán e incluso matarán a los intrusos que insistan, pero su habilidad para mantener la agresión al nivel de la amenaza es legendaria. También perfeccionaron un repertorio de distintos ladridos para diferentes tipos y niveles de alerta. Los perros guardianes de ganado tienden a tener poco instinto de depredación y muy pocos de sus juegos de cachorro incluyen perseguir, agruparse, guiar, seguir órdenes y juegos de agarrar/morder. Si empiezan a jugar de ese modo con el ganado o entre ellos, el pastor los disuade. Aquéllos que no son disuadidos no permanecen en el acervo genético de los PGG. Los PGG trabajadores les enseñan su labor a los jóvenes; careciendo de ellos, un humano experto debe ayudar a un cachorro solitario o a un perro más viejo a aprender a ser un buen guardián o, a la inversa, se define al neófito ignorante por su fracaso.

Los perros guardianes de ganado tienden a ser pésimos perros de caza, y su predilección biosocial y su crianza conspiran para ensordecen a la mayoría de ellos al canto de las sirenas de la obediencia de alta competición. Pero son capaces de tomar impresionantes decisiones de forma independiente en una ecología histórica compleja. Los relatos sobre PGG ayudando a parir a ovejas y lamiendo a los corderos recién nacidos para lavarlos dramatizan la capacidad de estos perros para asumir sus responsabilidades. Un perro guardián de ganado, como un gran Pirineo, puede pasar el día recostado entre las ovejas y a la noche patrullar, alegremente alerta ante los problemas.

Los PGG y los pastores tienden a aprender las cosas con facilidad o dificultad diferenciales. A ningún tipo de perro se le puede realmente enseñar a hacer el núcleo de su trabajo y mucho menos el trabajo de otro perro. El comportamiento y actitudes funcionales de los perros pueden y deben ser dirigidos y estimulados —entrenados, en ese sentido— pero a un perro con poco entusiasmo en perseguir y reunir, y ningún interés profundo en trabajar con un humano, no se le puede enseñar cómo pastorear hábilmente. Los pastores tienen un fuerte instinto depredador desde que son cachorros. Al ser coreografiados con los pastores humanos y sus herbívoros, y controlados los componentes de esos patrones predatorios, menos las partes de matar y diseccionar, se logra aquello en lo que consiste precisamente el pastoreo. De forma similar, a un perro con poca pasión por el territorio, una sospecha anémica ante los intrusos y un vago placer por los vínculos sociales no se le puede enseñar desde cero cómo pensar bien sobre estas cosas, ni siquiera con el mejor adiestrador del mundo.

Guardando rebaños en Europa al menos desde el tiempo de los romanos, los grandes perros guardianes blancos

aparecen en los registros franceses a lo largo de los siglos. En 1885-86, el perro de montaña de los Pirineos (piri) fue registrado en el Kennel Club de Londres. En 1909, los primeros piris fueron llevados a Inglaterra para su crianza. En su monumental enciclopedia de 1897 *Les races des chiens* [Las razas de los perros], Conte Henri de Bylandt dedicó algunas páginas a describir a los perros guardianes de los Pirineos. Formando clubs rivales en Lourdes y Argelès, en 1907 dos grupos de entusiastas franceses compraron perros de montaña que ellos consideraron nobles y de “raza pura”. Complementados con la idealización romántica de los campesinos pastores y sus animales, característica de la modernización capitalista y del surgimiento de las clases sociales que hacían esos modos de vida casi imposibles, los discursos de la pureza de sangre y la nobleza hacían su aparición en las razas modernas como muertos-vivos.

La Primera Guerra Mundial destruyó a los dos clubes franceses y a la mayoría de los perros. Los perros guardianes de las montañas fueron devastados por la guerra y la depresión, pero ya habían perdido la mayoría de sus trabajos en el cambio del siglo XIX al XX debido a la eliminación de osos y lobos. Los piris se habían convertido en más apropiados para pasar el rato como perros de pueblo y ser vendidos a turistas y coleccionistas, que para ponerlos a trabajar guardando rebaños. En 1927, el diplomático, jurado de exhibiciones, criador y nativo de los Pirineos Bernard Senac-Lagrange se unió a los pocos entusiastas que quedaban para fundar la *Réunion des Amateurs de Chiens Pyreneans* y escribir la descripción que sigue siendo el fundamento para los estándares vigentes.

En la década de 1930, un gran traslado de perros fue realizado por dos mujeres adineradas, Mary Crane de Massachusetts (Basquaerie Kennels) y Mme. Jeanne

Harper Trois Fontaine, nacida en Bélgica pero casada en Inglaterra (de Fontenay Kennel), quienes se llevaron unos cuantos perros de Francia. *El American Kennel Club* reconoció al gran Pirineo en 1933. La Segunda Guerra Mundial cobró otro alto precio sobre los PGG restantes en los Pirineos y aniquiló a la mayoría de los perros registrados en Francia y en el norte de Europa. Preguntándose cuán estrechamente relacionados estaban y cuál fue la descendencia que dejaron, los historiadores del piri han tratado de averiguar cuántos perros compraron Mary Crane, Mme. Harper y algunos otros, tanto a aldeanos como a criadores. Como poco treinta perros, muchos relacionados entre sí, contribuyeron de una forma continuada al acervo genético de los piris en los Estados Unidos. Para el final de la Segunda Guerra Mundial, las únicas poblaciones mensurables de piris en el mundo estaban en Reino Unido y en los Estados Unidos, a pesar de que la raza luego se recuperó en Francia y en el norte de Europa, con algunos intercambios entre criadores para cruzar la raza estadounidense y la europea. La continuidad de la existencia de estos perros se debe en gran medida a los apasionados entusiastas de las exhibiciones y a los criadores de los perros de exhibición. Desde 1931, cuando Mary Grane empezó a juntarlos, hasta la década de 1970, muy pocos piris estadounidenses trabajaban como perros guardianes de ganado.

Aquello cambió con las emergentes estrategias de control de depredadores en el oeste de los Estados Unidos a principios de los años setenta. Los perros sueltos mataban muchas ovejas. Los coyotes también mataban ganado y fueron ferozmente envenenados, cazados mediante trampas y asesinados a tiros por los rancheros. Catherine de la Cruz —que tuvo su primera perra piri de exhibición, Belle, en 1967, y cuya mentora de gran Pirineo fue Ruth Rhoades, la “madre superiora” de la raza en California,

que a su vez enseñó a Linda Weisser— vivía en un rancho de vacas en Sonoma County. Este escenario piri de clase media de la Costa Oeste marca diferencias importantes en la cultura y en el futuro de la raza.

En 1972, un científico de la Universidad de California en Davis llamó a la madre de de la Cruz para hablar sobre los depredadores sueltos. La investigación universitaria en torno a la industria agraria y el Departamento de Agricultura de Estados Unidos estaban empezando a tomar seriamente en cuenta métodos no tóxicos para el control de los depredadores. Los activistas por el medio ambiente y los derechos de los animales estaban haciendo que sus voces fueran escuchadas en la conciencia pública y en la política nacional, incluyendo las restricciones federales sobre el uso de venenos para matar a los depredadores. La Belle de de la Cruz pasaba el tiempo con las vacas lecheras entre exhibiciones caninas; aquél rancho nunca tuvo problemas con los depredadores. De la Cruz relata que “la luz se hizo en su cabeza”. El estándar de los gran Pirineo describe a los perros guardando el ganado de osos y lobos, a pesar de que aquello era más la narrativa simbólica de los amantes de las exhibiciones que la descripción de lo que cualquiera de ellos había visto. Sea como fuere, el estándar escrito sobre una raza institucionalizada trata sobre un tipo ideal y una narrativa de su origen. En su propio relato sobre el origen, de la Cruz cuenta que empezó a pensar que los piris que ella conocía podrían ser capaces de guardar ovejas y vacas de perros y coyotes.

De la Cruz entregó algunos cachorros a los pastores de ovejas del norte de California que ella conocía. A partir de ahí, ella y otros pocos criadores de piris, incluyendo a Weisser, ubicaron perros (incluyendo algunos adultos) en ranchos y trataron de averiguar cómo ayudar a los perros a convertirse en efectivos Perros de Control de Depreda-



Fig. 5 Mary rane (izquierda) en julio de 1967 en el Great Pyrenees Club of America National Specialty Show en Santa Bárbara, California. El perro al lado de Mrs. Crane es Armand (Club Los Pyrtos Armand de Pyr Oaks), que ganó la categoría de “perro semental” ese día. A su lado están sus dos hijas: Impy, que fue perra “ganadora de la reserva”, y Drifty, que fue “el mejor del sexo opuesto”. Linda Weisser está con Drifty, que murió sin descendencia. El “perro de mi corazón” de Weisser, Impy, tiene descendientes en casi todos los criaderos de la costa oeste de Estados Unidos. A través de un hijo, Armand está detrás del trabajo del rancho de ganado de Catherine de la Cruz. Cortesía de Linda Weisser y Catherine de la Cruz.

dores, como fueron llamados entonces. La granja de vacas lecheras se transformó en un rancho de ovejas y de la Cruz se convirtió en parte de la asociación de productores de lana. A finales de los años setenta, conoció a Margaret Hoffman, una mujer activa del grupo de productores de lana que quería a los perros para ahuyentar a los coyotes. De la Cruz le dio a Snow-Bear, Hoffman crió más perros y ubicó el cien por cien en hogares de trabajo. En una entrevista conmigo en noviembre de 2002, de la Cruz habló sobre “cometer todos los errores posibles” experimentando con la socialización y el cuidado de los

perros trabajadores, estableciendo un estrecho contacto con los rancheros y cooperando con la UC Davis y la gente del Departamento de Agricultura en la investigación y la colocación.

En la década de los ochenta, Linda Weisser y Evelyn Stuart, del *Great Pyrenees Club of America* organizaron una comisión para la revisión del estándar, en la certeza de que los perros funcionales y trabajadores estaban preponderantemente a la vista. Para los años ochenta, de la Cruz, todavía exhibiendo perros por su adaptación, estaba alojando piris por todo el país. Unos cuantos perros vinieron de los pastos, tomaron su baño, ganaron campeonatos y regresaron directos al trabajo. El “perro de doble propósito” se convirtió en un ideal moral y práctico en la crianza de piris y en la educación de la raza. La orientación para lograr este ideal implica todo tipo de prácticas laborales —y laboriosas—, incluyendo la gestión de listas de distribución de alta calidad en Internet, como el *Livestock Guardian Dog Discussion List* y la sección temática de ganado de la *Great Pyrenees Discussion List*. La experiencia profana, la labor voluntaria y las comunidades colaborativas sobre la práctica son cruciales. Particularmente, cada piri trabajador en los Estados Unidos procede de una tienda de mascotas y de una competencia que prueba una historia familiar de más de cuatro décadas. Las especies de compañía y las naturoculturas emergentes aparecen en cualquier lugar al que miro.

Empezando a mediados de los años setenta, primero Jeffer Green y después también Roger Woodruff de la U.S. *Sheep Experiment Station* del Departamento de Agricultura de Estados Unidos (USDA) en Dubois, Idaho, son los actores clave de este relato. Su primer perro guardián fue un komondor (Hungría) y después trabajaron con akbash (Turquía) y piris. Mis informantes

de piris hablan sobre estos hombres con un respeto tremendo. Instando a los rancheros a probar los perros guardianes, los hombres de la USDA solicitaron la ayuda de los criadores y los trataron como iguales. Por ejemplo, Woodruff y Green dieron un seminario especial sobre PGG en el *Great Pyrenees Club* de la exhibición *American National Specialty* de Sacramento de 1984. Otra pieza del relato de la re-emergencia de los PGG trabajadores en Norteamérica es el estudio de principios de los años ochenta de Hal Black sobre las prácticas de pastoreo de ovejas de los navajo y sus eficaces perros mestizos, que recopila experiencias para otros rancheros.

La reeducación de los rancheros fue una parte importante del proyecto de la USDA y los amantes de los piris se comprometieron con ese proceso enérgicamente. Inmersos en las ideologías modernizadoras basadas en la ciencia, las concesiones de tierras y la agroindustria, los rancheros pasaron de considerar a los perros como unos venenos anticuados y costosos a considerarlos progresistas y rentables. Los perros no son una solución fácil; requieren modificar prácticas de trabajo e invertir tiempo y dinero. Trabajar con los rancheros para propiciar el cambio ha sido modestamente exitoso.

En 1987 y 1988, el proyecto de la USDA compró cerca de unos cien cachorros de perro guardián de todo Estados Unidos, muchos de ellos piris. Los científicos de la USDA accedieron a la insistencia de la gente del club de esta raza de esterilizar y castrar a los perros ubicados a través del proyecto, lo cual mantendría al menos a esos perros lejos de la demoledora producción de cachorros y otras prácticas de crianza que la gente del club creía perjudiciales para el bienestar de los perros y su salud genética. Para reducir el riesgo de displasia de cadera en los perros trabajadores, se les revisó las caderas con rayos X a todos los padres de los cachorritos. Para finales de los

años ochenta las encuestas indicaban que más del ochenta por ciento de los rancheros consideraban a sus perros guardianes —especialmente a los gran Pirineo— un recurso económico. Para 2002, unos cuantos miles de PGG están a cargo de la protección de ovejas, llamas, bueyes, cabras y avestruces a lo largo de los Estados Unidos.

Raymond y Lorna Coppinger, y sus asociados del *Hampshire Colleges New England Farm Center*, empezaron con los pastores de Anatolia traídos de Turquía a finales de los años setenta, pero también rastrearon y ubicaron cientos de PGG en granjas y ranchos americanos. Raymond Coppinger tenía un doctorado en la tradición del legado etológico de Niko Tinbergen en la Universidad de Oxford, y los Coppinger habían estado siempre bajo la mirada pública, por lo que los científicos los habían conocido mejor que a los demás que habían estado envueltos en el trabajo con los PGG, y que a los criadores profanos que he resaltado en mi relato. Los Coppinger disienten en muchos puntos de la visión de los perros guardianes sostenida por mis gentes piri. El proyecto del *Hampshire College* no esterilizó a los perros que ubicó. Creyendo que el ambiente social durante la maduración era la única variable crucial para formar un guardián de ganado efectivo, generalmente nunca se tomaron en serio las distinciones de raza. El proyecto *Hampshire* ubicó cachorros más jóvenes, enseñó una perspectiva diferente de desarrollo biosocial y predilecciones comportamentales genéticas, y manejó la orientación de las personas y los perros de forma diferente.

Muchos amantes de los piris no cooperaron con los Coppinger y la hostilidad existió desde un principio. Efectivamente, los Coppinger tenían poco acceso a los gran Pirineo, donde la ética del club de criadores era fuerte. No puedo evaluar las diferencias aquí y el lector

puede encontrar los puntos de vista de los Coppinger en *Dogs*. En ese libro no hay mención a la gente piri, ni tampoco se incluye el hecho de que estaban ubicando perros guardianes de ganado y cooperando con Jeff Green y Roger Woodruff desde el principio. Los lectores tampoco se enterarán, como podían a través de la publicación de la USDA de 1990, de que en una evaluación de cuatrocientas personas en 1986, incluyendo setecientos sesenta y tres perros, dirigida por la Universidad de Idaho, el gran Pirineo constituía el cincuenta y siete por ciento de la población. Los piris y los komondor, otra raza cuya gente no contribuyó al proyecto de *Hampshire*, representaron un setenta y cinco por ciento de los PGG trabajadores del estudio. Ese estudio y otros muestran que los piris tienden a lograr mayores marcas de éxito laboral que cualquier otra raza. Eso incluye morder a menos personas y herir menos ganado. En un estudio sobre perros de un año que incluía cincuenta y nueve piris y veintidós pastores de Anatolia, el ochenta y tres por ciento de los piris tuvo una puntuación de “buena”, comparada con el veintiséis por ciento de los anatólias.

La introducción desde economías campesinas y pastoras condenadas de los perros de montaña vascos del Pirineo, que fueron criados por los entusiastas de los perros pura raza, hasta los ranchos del oeste de los Estados Unidos para proteger a las reses y ovejas xenobiológicas de los rancheros anglos del hábitat de la pradera (donde sobreviven unas pocas hierbas nativas) de los búfalos cazados hace tiempo por los indios de las llanuras que montaban caballos españoles —conjuntamente con el estudio de las culturas de pastoreo de ovejas de las reservas navajo contemporáneas que derivaron de la conquista y evangelización españolas— obliga a ofrecer la necesaria ironía histórica, para cualquier manifiesto sobre las especies de compañía. Pero hay más. Dos esfuerzos por reintroducir las especies de depredadores extinguidas,

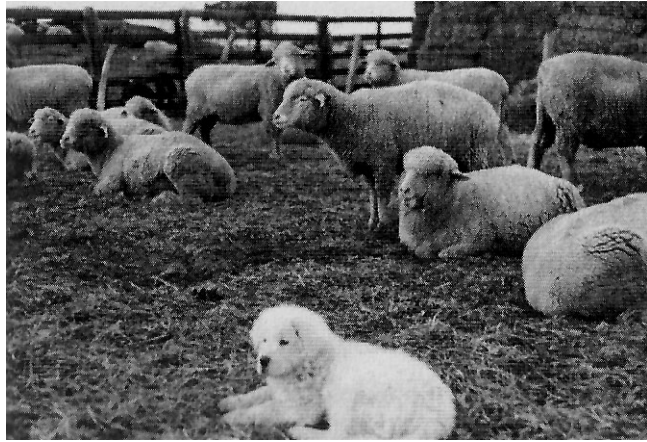


Fig. 6 Cachorro de gran Pirineo aprendiendo el oficio entre las ovejas. Cortesía de Linda Weisser y Catherine de la Cruz.

rehabilitadas desde el estatus de plaga hasta el de vida salvaje natural, y atracción turística, uno en las montañas pirenaicas y otro en los parques nacionales del oeste americano, nos conducirán más allá dentro de esta red.

La *Endangered Species Act* [ley de especies en peligro] de los Estados Unidos da jurisdicción al Departamento del Interior sobre la reintroducción del lobo gris en algunas zonas de sus dominios previos, como el Parque Nacional de *Yellowstone*, donde catorce lobos canadienses fueron puestos en libertad en 1995 en mitad de las poblaciones de alces y búfalos más grandes del país. Los lobos canadienses emigrados empezaron a aparecer en Montana por su propia iniciativa. En 1995-96, cincuenta y dos lobos más fueron liberados en Idaho y Wyoming. Cerca de setecientos lobos vivían en las Montañas Rocosas en 2002. En líneas generales, los rancheros permanecen irreconciliables, a pesar de que obtienen compensación monetaria completa por el ganado perdido y los lobos

asesinos de ganado son eliminados o matados por el *Fish and Wildlife Service* del Departamento del Interior. De acuerdo con el reportaje de Jim Robbins en el *New York Times* del 17 de diciembre de 2002 (página D3), el veinte por ciento de los lobos atentamente gestionados llevan collares de seguimiento electrónico. El número de coyotes ha descendido; los lobos los matan. El número de alces ha descendido. Eso hace que los cazadores estén descontentos, pero alegra a los ecologistas preocupados por el daño que causan los herbívoros privados de sus depredadores. Los turistas —y los negocios que los sirven— están muy contentos. Se han registrado más de cien mil avistamientos de lobos por turistas en los safaris en coche por el *Lamar Valley* de Wyoming. Ningún turista ha sido asesinado, pero los datos nacionales de 2002 mostraron que doscientas reses, quinientas ovejas, siete llamas, un caballo y cuarenta y tres perros lo han sido. ¿Quiénes eran esos cuarenta y tres perros?

Algunos de ellos eran gran Pirineo mal preparados. El Departamento del Interior puso lobos en el Parque Nacional de *Yellowstone* contra los deseos de los rancheros, sin coordinación con la gente PGG del Departamento de Agricultura de Idaho y sin, sospecho, pensar siquiera en hablar con criadores expertos de piris, que también son mujeres blancas de mediana o avanzada edad que muestran sus preciosos perros por su pureza. Interior y Agricultura son mundos aparte en la cultura tecnocientífica. Los lobos se esparcieron más allá de los límites del parque. Lobos, ganado y perros fueron asesinados, quizá sin necesidad. Los funcionarios de la vida salvaje habían matado a más de ciento veinticinco lobos errantes; los rancheros habían disparado ilegalmente por los menos a algunas docenas más. Los conservacionistas de la vida salvaje, los turistas, los rancheros, los burócratas y las comunidades se polarizaron, quizá sin necesidad. Se necesita formar

mejores relaciones entre especies para todos, desde el principio, entre los humanos y los no humanos.

Los perros son sociales y territoriales; los lobos son sociales y territoriales. Los PGG experimentados establecidos en grupos desde hace bastante tiempo podrían ser capaces de disuadir a los lobos grises del norte de deleitarse con el ganado. Pero traer a los piris a escena después de que los lobos se establecieran o usar demasiados pocos perros o perros sin experiencia son recetas seguras para el desastre, tanto para las dos especies cánidas como para tejer conjuntamente la vida salvaje y la ética ranchera. El grupo *Defenders of the Wildlife* ha comprado piris para los rancheros que experimentan pérdidas con los lobos; así los lobos parecen activamente contrarrestados, pero matan a los perros como competidores intrusos dentro de su territorio. Las prácticas que podrían haber conducido a los lobos a respetar a los perros organizados no estaban a punto; podría ser demasiado tarde para que los PGG sean actores efectivos en el florecimiento de la alianza entre los lobos y los rancheros conservacionistas. Quizá los lobos controlen a los coyotes mientras, por la noche, se protege a los piris dentro de casa.

Mientras tanto, la restauración de la ecología tiene sabores europeos. En los Pirineos, el gobierno francés ha introducido osos pardos europeos desde Eslovaquia, donde la industria turística postcomunista genera una suma moderada promoviendo el avistamiento de osos, para llenar el nicho vacío dejado por la matanza de los antiguos residentes osunos. Los amantes de los piris franceses, como el granjero de cabras Benoit Cockenpot y propietario del criadero de du Pic de Viscos, trabajan para devolver a los perros a las montañas contándole a los osos eslovacos el apropiado orden de cosas posmoderno. Los amantes franceses de los piris están aprendiendo de sus colegas

estadounidenses sobre cómo trabajar con PGG. El gobierno francés ofrece a los granjeros un perro guardián gratuito. Pero el seguro les reembolsa a los granjeros los animales perdidos por los depredadores y eso está resultando más atractivo que el cuidado diario de los perros. Los perros guardianes pasan más tiempo compitiendo contra el aparato del seguro que repeliendo a los osos.

Más allá de la conservación multiespecies y las políticas agrarias, los piris nunca han dejado de sobresalir como perros de exhibición y mascotas. Sin embargo, la expansión numérica de la raza, como trabajadores y como mascotas, ha significado un escape considerable del control del club de la raza, pero no para caer bajo el control de una economía campesina y pastora viable, sino para dirigirse hacia los infiernos y limbos de la producción comercial de cachorros y la crianza de patio trasero. La indiferencia hacia la salud, la ignorancia hacia el comportamiento, la socialización y el entrenamiento, y las condiciones crueles son demasiado frecuentes. Dentro de los clubes de raza, la controversia reina sobre lo que constituye una crianza responsable, especialmente cuando los tópicos difíciles de digerir de la diversidad genética y la genética de poblaciones de la raza pura de los perros están en el menú. La sobreutilización de progenitores populares, el secretismo acerca de los problemas de los perros y la avaricia en las competiciones de exhibición a expensas de otros valores son prácticas conocidas que ponen en peligro a los perros. Demasiada gente lo sigue haciendo. El amor de los perros lo prohíbe y he conocido a muchos de esos amantes en mi investigación. Esta es la gente que juega sucio y se convierte en experta en todos los mundos que habitan sus perros —en granjas, en laboratorios, en las exhibiciones, en casa y donde sea—. Quiero que su amor florezca; ésa es una de las razones por las que escribo.

PASTORES AUSTRALIANOS

La raza de pastoreo conocida en los Estados Unidos como pastor australiano, o aussie, presenta tantas complejidades como el gran Pirineo; voy a bosquejar sólo algunas. Mi argumento es simple: conocer y vivir con estos perros significa heredar todas las condiciones de su posibilidad, todo lo que hace que relacionarse con estos seres sea real, todas las aprehensiones que constituyen las especies de compañía. Amar significa ser mundano, estar en conexión con la otredad significativa y con los otros significantes, en muchas escalas, en estratos locales y globales, en redes que se ramifican. Quiero saber cómo vivir con las historias que llegaré a conocer.

Si hay algo cierto sobre los orígenes de los pastores Australianos es que nadie sabe cómo surgió ese nombre, y nadie conoce todos los tipos de perros que se cuentan entre los ancestros de estos talentosos pastores. Quizá la cosa más segura es que estos perros deberían llamarse perros rancheros del oeste de los Estados Unidos. No de “América”, sino de “Estados Unidos”. Déjenme explicar por qué esto es importante, especialmente teniendo en cuenta que la mayoría de sus ancestros (aunque no todos) son probablemente variedades de tipos de collie que emigraron con su gente desde las Islas Británicas a la costa este de Norteamérica desde los inicios de la era colonial. La Fiebre del Oro de California y las consecuencias de la Guerra Civil son las claves para mi relato regional nacional. Estos eventos épicos convirtieron al oeste americano en parte de los Estados Unidos. No quiero heredar estas violentas historias, mientras Cayenne, Roland y yo corremos en nuestros cursos de agility y gestionamos nuestros asuntos orales; por eso se lo tengo que contar a ellos. Las especies de compañía no se

pueden permitir la amnesia evolutiva, personal o histórica. La amnesia corromperá el signo y la carne, y hará el amor insignificante. Si cuento el relato de la Fiebre del Oro y la Guerra Civil, entonces quizá pueda recordar los otros relatos sobre los perros y sus personas —relatos sobre inmigración, mundos indígenas, trabajo, esperanza, amor, juego y la posibilidad de cohabitación a través de la reconsideración de la soberanía y las naturoculturas del comportamiento ecológicas—.

Los relatos del origen romántico de los aussies empiezan con los pastores vascos de finales del siglo XIX y principios del XX llevando a sus pequeños perros azul merlé con ellos en tercera clase mientras se dirigían vía Australia a pasar la temporada pastoreando a las ovejas merinas de España en los ranchos de California y Nevada, para cuidar de las ovejas en un atemporal oeste pastoril. “En tercera clase” revela la trampa: los hombres trabajadores de tercera clase no estaban en posición de llevar a sus perros, a Australia o a California. Además, los vascos que inmigraron a Australia no se convirtieron en pastores, sino en trabajadores de la caña de azúcar y no fueron a Australia hasta el siglo XX. Sin haber sido necesariamente pastores antes, los vascos vinieron a California, en el siglo XIX, a veces vía Sudamérica y México, junto con los millones que ansiaban oro y terminaron pastoreando ovejas para alimentar a otros mineros decepcionados. Los vascos también establecieron en Nevada buenos restaurantes, con muchos platos de cordero, en el que se convirtió en el sistema interestatal de autopistas después de la Segunda Guerra Mundial. Los vascos obtuvieron sus perros para las ovejas de entre los trabajadores perros pastores locales, que eran, cuando menos, un lote mixto.

Las misiones españolas favorecieron la ganadería ovina para “civilizar” a los nativos americanos, pero en su

versión *online* de la historia del aussie, Linda Rorem menciona que para la década de los cuarenta del siglo XIX el número de ovejas (por no mencionar a la población nativa) en el Lejano Oeste había descendido drásticamente. El descubrimiento de oro cambió radical y permanentemente la economía alimentaria, la política y la ecología de la región. Los grandes rebaños de ovejas fueron transportados en barco desde la Costa Este vía Cabo de Hornos, conducidos por tierra desde el Medio Oeste y Nuevo México, e importados desde aquella “próxima” colonia de blancos con una economía pastoril colonial, Australia. Muchas de estas ovejas eran merinas, inicialmente de origen español, pero llegadas a Australia desde Alemania, como un regalo del rey de España a Sajonia, que desarrolló un próspero comercio de exportación colonial de ovejas.

Lo que la Fiebre del Oro inició, las consecuencias de la Guerra Civil lo concluyeron, con su vasto influjo de colonos anglos (y algunos afroamericanos) hacia el oeste, la destrucción militar, la contención de los nativos americanos y las consolidaciones de las tierras expropiadas a los mexicanos, los californios y los indios.

Todos estos movimientos de ovejas también significaron movimientos de sus perros pastores. Éstos no eran los perros guardianes de las viejas economías pastoriles de Eurasia, con sus rutas de mercado establecidas, sus pastos estacionales y sus osos y lobos locales —que eran, no obstante, fuertemente mermados—. Las colonias en Australia y los Estados Unidos adoptaron una actitud incluso más agresiva ante los depredadores naturales —construyendo verjas alrededor de la mayor parte de Queensland para mantener alejados a los dingos, y poniendo trampas, envenenando y disparando contra cualquier cosa con afilados dientes caninos que se moviera sobre la tierra en el oeste norteamericano—. Los perros

guardianes no aparecieron en la economía ovina del oeste norteamericano hasta después de que estas tácticas se convirtieran en ilegales en los tiempos *queer* de los movimientos medioambientales efectivos.

Los perros pastores que acompañaban a las ovejas inmigrantes tanto desde la Costa Este como desde Australia fueron principalmente de los viejos tipos trabajadores de collie/pastores. Estos eran perros fuertes y multitarea con “un campo visual amplio” y una honorable postura de trabajador —al contrario la mirada restringida y cabizbaja de los seleccionados en competiciones de pastoreo— de los cuales derivan algunas razas de criaderos. Entre los perros que vinieron al oeste de Estados Unidos desde Australia estaban los “collies alemanes”, generalmente de color merlé, que se parecían a los modernos pastores australianos. Estos derivaban, de los británicos pastores “collies” multiusos, llamados “alemanes” porque los colonos alemanes vivían en un área de Australia donde estos perros eran comunes. Los perros que se parecían a los aussies contemporáneos podrían haber obtenido su nombre pronto al ser asociados con los rebaños que llegaban en barcos desde Australia, vinieran o no en esos barcos. O, asociados con los perros inmigrantes tardíos, estos tipos podrían haber empezado a ser llamados “pastores australianos” como muy tarde en la Primera Guerra Mundial. Los registros escritos son escasos. Y no hubo una “raza pura” a la vista durante mucho tiempo.

Había, sin embargo, líneas identificables en California, Washington, Oregón, Colorado y Arizona, desarrollándose desde los años cuarenta, que se acabaron registrando como pastores Australianos, empezando en 1956. El registro no era común hasta mediados y finales de los años setenta. El rango de tipos era todavía amplio, y los estilos de perros estaban asociados con familias y ranchos

particulares. Curiosamente, un vaquero de rodeo de Idaho llamado Jay Sisler es parte de este relato sobre cómo se moldea un tipo de perro en una raza contemporánea, completado con sus clubes y políticas. Hace veinte años, los “perros azules” de Sisler eran un espectáculo muy popular de trucos de rodeo. Él conocía a los padres de la mayoría de estos perros y eso es tanto como lo era su genealogía en un principio. Sisler obtuvo sus perros de varios rancheros, algunos de cuyos aussies se convirtieron en la base de reservas para la raza. Entre los mil trescientos setenta y un perros identificados de entre los dos mil cuarenta y seis ancestros en su pedigrí de diez generaciones, cuento con siete perros Sisler en mi familia por parte de Cayenne. (Algunos con nombres como “Redding Ranch Dog” y “Blue dog”, seis mil ciento setenta de más de un millón de ancestros son conocidos en su árbol genealógico de veinte generaciones; eso deja unos cuantos huecos).

Una increíble entrenadora del tipo de Vicki Hearne habría amado a Keno, considerado por Sisler su primer perro verdaderamente bueno (lo tuvo alrededor de 1945). Keno contribuyó con sus crías a lo que se convertiría en la raza, pero el perro Sisler que tuvo el mayor impacto (en porcentaje de linaje) en la población ordinaria de aussies fue John, un perro con antecedentes desconocidos que vagabundó un día por el rancho de Sisler y por los pedigrís escritos. Hay bastantes historias como éstas de perros fundadores. Podrían ser todas ellas microcosmos para pensar sobre las especies de compañía y la invención de la tradición en la carne, así como en el texto.

El club de padres aussie, el *Australian Shepherd Club of America* (ASCA), fue fundado en Tucson por un pequeño grupo de entusiastas en 1957. El ASCA escribió un estándar preliminar en 1961 y definitivo en 1977 y tenía en marcha su propio registro de club de raza en 1971.

Organizado en 1969, el ASCA *Stock Dog Committee* organizó competiciones de pastoreo y títulos, y los perros que trabajaban en ranchos empezaron su considerable reeducación para el círculo de competición. Las exposiciones caninas y otros eventos se convirtieron en populares y un número cuantioso de gente con aussie vio la afiliación al *American Kennel Club* (AKC) como el siguiente paso. Otra gente aussie vio el reconocimiento AKC como el camino a la perdición para cualquier raza trabajadora. La gente pro-AKC se separó para fundar su propio club, el *United States Australian Shepherd Association* (USASA), que obtuvo el pleno reconocimiento de la AKC en 1993.

Así emergió todo el aparato biosocial de las razas modernas —incluyendo a los activistas de la destreza basada en la salud y en la genética, los científicos que investigaban las enfermedades comunes en la raza para quizá establecer compañías que vendieran los productos veterinarios biomédicos resultantes, los pequeños emprendedores de temática aussie, los deportistas de agility y obediencia apasionados por los perros, los entrenadores de perros para el pastoreo de ganado, tanto los domingueros suburbanos como los rurales, los trabajadores de rastreo y rescate, los perros terapéuticos y su gente, los criadores comprometidos a mantener los perros versátiles que habían heredado, otros criadores locos por los perros de las grandes exhibiciones con un no comprobado talento para el pastoreo y muchos más—. C.A. Sharp, con su publicación *Double Helix Network News*, escrita sobre la mesa de su cocina, y el *Australian Shepherd Health & Genetics Institute* que ayudó a fundar —por no mencionar su reflexión sobre sus propias prácticas como criadora y su adopción de un perro aussie demasiado pequeño rescatado tras la muerte del último perro de los que ella había criado— encarna para mí la práctica del amor a la raza en su histórica complejidad.

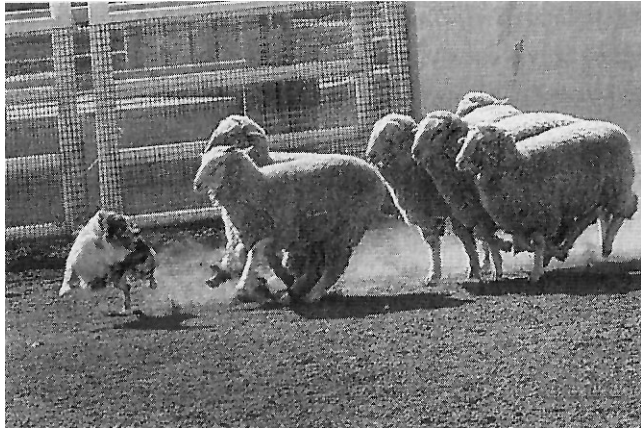


Fig. 7 EL Dogon Grit de Beret ganando el High in Sheep en la final del Australian Shepherd Club of America National Stock Dogsf Bakersfield, California. Cortesía de Gayle Oxford, Glo Photo.

Los criadores de Cayenne, Gayle y Shannon Oxford del Valle Central de California, son activistas tanto en el US ASA como en el ASCA. Comprometidos con la crianza y el entrenamiento de los perros que trabajan con ganado y compiten en exhibiciones caninas y en agility, los Oxford me adoctrinaron sobre “el aussie versátil”, que veo como análogo al “doble función” de la gente piri o al discurso del “perro integral”. Estas expresiones trabajan para prevenir la división de las razas en acervos genéticos cada vez más aislados, cada una destinada al éxito limitado de un especialista, sea éste el deporte agility, la belleza o cualquier otra cosa. La prueba de fuego para un pastor australiano, sin embargo, sigue siendo la habilidad para pastorear con una destreza consumada. Si la “versatilidad” no empieza ahí, la raza trabajadora no sobrevivirá.

UNA CATEGORÍA PROPIA

Cualquiera que ha hecho investigación histórica sabe que lo que no está documentado a menudo tiene más que decir en su conjunto sobre cómo es el mundo que lo que tiene buen pedigrí. ¿Lo que hacen las relaciones contemporáneas de especies de compañía entre los humanos y los perros “indocumentados” en la tecnocultura nos habla tanto de la herencia —o quizá mejor, de la residencia— de historias como también de la forja de nuevas posibilidades? Éstos son los perros que necesitan “una categoría propia”, en honor a Virginia Woolf. Autora del famoso tratado breve feminista *Un cuarto propio*, Woolf entiende lo que ocurre cuando lo impuro se pasea sobre el césped de lo debidamente registrado. También entiende lo que ocurre cuando estos seres marcados (y marcadores) consiguen credenciales y un sueldo.

Los escándalos de género tienen mi atención, especialmente aquéllos que rezuman sexo racializado y raza sexualizada para todas las especies involucradas. ¿A qué debería denominar perros categóricamente desatados, aunque me quede sólo en América? ¿A los mestizos, *All-America*², perros de raza aleatoria, Heinz 57³, razas mixtas o sólo a los perros del montón? ¿Y por qué deberían estar las categorías para los perros de América en inglés? No sólo “las Américas”, sino también los Estados Unidos son unos mundos extremadamente políglotas. Más allá de concentrarme en los gran Pirineo y en los pastores australianos, tengo que sugerir los enigmas de la herencia

2 N. del T. *All-America* es un término empleado en los Estados Unidos para referirse a un equipo de carácter honorífico cuyos miembros han sido seleccionados por ser los mejores jugadores amateur en cada una de las posiciones de juego de un deporte de equipo.

3 N. del T. En referencia al lema de la célebre compañía agroalimentaria estadounidense Heinz Company y sus “57 variedades” de salsa, entre las que destaca precisamente la número 57: el ketchup.

de las historias locales y globales de las razas modernas con un par de chistes perrunos de desenlace absurdo. De forma similar, aquí no puedo empezar a sondear las historias de todas las clases de perros que no encajan ni en un tipo funcional ni en una raza institucionalizada. Por lo tanto, ofreceré sólo un relato, pero uno que se ramifica más allá dentro de las redes de la complejidad del mundo cada vez que se vuelve a contar. Hablaré sobre satos.

“Sato” es el argot empleado en Puerto Rico para referirse a un perro callejero. Aprendí este hecho en dos sitios: en Internet en www.saveasato.org y en el emotivo ensayo de Twig Mowatt de la edición de otoño de 2002 de la brillante revista sobre cultura del perro Bark. Estos dos sitios se estrellaron contra mí de lleno en las naturoculturas de lo que se llama educadamente “modernización”. Sato es la única palabra española que aprendí en cada sitio; eso me dio pie a entrar en la dirección del tráfico semiótico y material de esta zona del mundo de los perros. También averigüé que los satos son capitalizados, en la convención léxica y en la inversión monetaria, en el proceso de mudarse desde las duras calles del “mundo en desarrollo” del sur a los “hogares para siempre” del norte liberal.

Y al menos igual de importante, aprendí que estoy interpelada en este relato en mente y corazón. No puedo repudiarlo llamando la atención sobre sus estructuras de tintes raciales, sexualmente infundidas, empapadas de clasismo y de tonos coloniales. Una y otra vez en mi manifiesto, yo y mi gente tenemos que aprender a habitar historias, no a repudiarlas, como mínimo a través de los trucos baratos de la crítica puritana. En el relato de los satos, hay dos tipos de tentaciones superficialmente opuestas a la crítica puritana. La primera es enredarse en el sentimentalismo colonialista que sólo ve un rescate filantrópico (¿filocánido?) de los maltratados en el tráfico de perros desde las calles de Puerto Rico a los refugios de

protección de animales de los Estados Unidos y desde allí a hogares apropiados. La segunda es enredarse en el análisis histórico estructural de una manera que deniega tanto las ligaduras emocionales como la complejidad material y así evita la siempre desorganizada participación en la acción que podría mejorar vidas a través de los distintos tipos de diferencia.

Cerca de diez mil perros puertorriqueños han hecho la transición desde la vida callejera hasta los hogares suburbanos desde 1996, cuando el trabajador de aerolínea Chantal Robles de San Juan formó equipo con Karen Fehrenbach, que visitó la isla desde Arkansas, para fundar la Save-a-Sato Foundation. Los hechos que les llevaron a la acción son bochornosos. Millones de perros fértiles, habitualmente enfermos y hambrientos hurgaban en busca de comida y refugio en los vecindarios empobrecidos, lugares de construcción, basureros, estaciones de servicio, los estacionamientos de los locales de comida rápida y en las zonas de venta de droga de Puerto Rico. Los perros son rurales y urbanos, grandes y pequeños, reconocibles por una raza institucionalizada y vulgares por no tener raza en absoluto. Son mayoritariamente jóvenes —los perros silvestres no tienden a llegar a viejos— y hay muchos cachorros, tanto abandonados por la gente como nacidos de perras callejeras. Los refugios oficiales de animales en Puerto Rico principalmente matan a los perros y a los gatos que les entregan o que recogen en sus recorridas. A veces, estos animales recogidos se acogen y se cuidan, pero tienen una vida dura, vulnerable a las enfermedades y a la acción oficial. Las condiciones en los refugios municipales son el contenido de una película de terror de los derechos de los animales.

Muchísimos perros de todos los tipos en Puerto Rico son, por supuesto, muy bien cuidados. Tanto los pobres como

los ricos son animales amados. Pero si la gente abandona a un perro, son bastante más propensos a dejarlo suelto que a llevarle o llevarla a un “refugio” mal financiado y con poco personal, que está dispuesto a matar a sus cargas. Es más, la ética de la esterilización de perros y gatos, saludable para los animales, basada en la clase, la nación y la cultura no se ha difundido en Puerto Rico (o en parte de Europa y algunos lugares de los Estados Unidos). La esterilización obligatoria y el control reproductivo tienen una historia muy accidentada en Puerto Rico, incluso cuando se restringe la propia memoria histórica a políticas para las especies no humanas. Por lo menos, la noción de que el único perro apropiado es un perro estéril —excepto para aquéllos bajo el cuidado de un criador responsable (¿según el punto de vista de quién?)— nos lleva al fantástico mundo del biopoder y su aparato tecnocultural en la metrópolis y en las colonias. Puerto Rico es tanto una metrópolis como una colonia.

Nada de esto elimina el hecho de que los perros silvestres fértiles tienen sexo, paren un montón de cachorros que no pueden alimentar y mueren de horribles enfermedades con gran dolor y en gran número. No es sólo una narrativa. Para empeorar la situación, Puerto Rico no está más libre que los Estados Unidos de gente perversa y abusadora de todas las clases sociales que infligen daños extremos, tanto mentales como físicos, sobre los animales, de forma deliberada e indiferente. Los animales sin hogar, como las personas sin hogar, son el blanco de las zonas de comercio libre —o quizá mejor, de fuego libre—.

La acción que llevaron a cabo Robles, Fehrenbach y sus seguidores es, para mí, tan inspiradora como perturbadora. Establecieron y mantuvieron un refugio privado para perros en San Juan que funcionaba como una casa transitoria para los perros en su camino hacia la adopción internacional, principalmente, (¿Pero Puerto Rico es parte

de los Estados Unidos, o no lo es?) La demanda de estos perros en Puerto Rico es escasa; esto no es un hecho natural, sino biopolítico. Cualquiera que haya pensado sobre la adopción internacional lo sabe. La Save-a-Sato Foundation recauda fondos, entrena a voluntarios para traer al refugio a perros (y a algunos gatos) sin traumatizarlos más aún, organiza a los veterinarios puertorriqueños que van a tratar y a esterilizar a los animales de forma gratuita, socializa a los futuros adoptados en las maneras propias del norte, les prepara los papeles y acuerda con las aerolíneas embarcar alrededor de treinta perros a la semana en vuelos comerciales hacia una red de refugios de algunos estados, principalmente del noreste, donde no se matan animales. Después del 11 de septiembre, se recluta a turistas que embarcan en vuelos que parten de San Juan para que declaren que las jaulas de perros emigrados son su equipaje personal, con lo que el aparato antiterrorista no puede parar el canal de rescate.

La fundación mantiene una página web en inglés para informar a su potencial audiencia adoptiva y para unir a los grupos de apoyo a la gente que se lleva a los perros, según palabras de la página web, a sus “familias para siempre”. La página está llena de testimonios de adopción exitosa, relatos de horror preadoptivos, fotos de antes y después, invitaciones a pasar a la acción y a contribuir con dinero, información para encontrar un sato para adoptar y vínculos útiles para la cibercultura canina.

Una persona en Puerto Rico puede convertirse en un miembro de Save-a-Sato Foundation rescatando a un mínimo de cinco perros al mes. Los voluntarios pagan lo que cueste principalmente de sus bolsillos. Encuentran, alimentan y cuidan los perros antes de meterlos en jaulas y llevarlos a su casa provisional. Los cachorros y los jóvenes son la primera prioridad, pero no son los únicos

seleccionados. Los perros que están demasiado enfermos para recuperarse reciben eutanasia, pero algunos perros severamente dañados y enfermos se recuperan y encuentran una ubicación. Todo tipo de personas se convierten en voluntarios. La página web cuenta sobre una mujer anciana viviendo de la Seguridad Social que estaba ella misma cerca de la mendicidad y que reclutó a gente sin hogar para cuidar y recoger perros, a los cuales pagaba cinco dolares de sus exiguos fondos propios por cada uno. Conocer el género de semejante relato no acalla su poder —o su verdad—. Las fotos de la página parecen ser en su mayoría de mujeres puertorriqueñas de clase media, pero la heterogeneidad en la Save-a-Sato Foundation no está reservada sólo para los perros.

El avión es un instrumento en una serie de tecnologías transformadoras del sujeto. Los perros que salen del vientre del avión son sujetos de un contrato social diferente de aquél en el que nacieron. Sin embargo, no cualquier animal callejero puertorriqueño llega a tener su segundo nacimiento de este útero de aluminio. Los perros pequeños, como las niñas en la escena humana, son el estándar dorado en el mercado de adopción de los perros. El miedo estadounidense a la agresión del Otro conoce pocas ataduras y desde luego no aquéllas de la especie o del sexo. Para seguir con el argumento, necesitamos llegar del aeropuerto al excelente refugio de Sterling, Massachusetts, que ha ubicado a más de dos mil satos (y cerca de un centenar de gatos) desde que se unió al programa en 1999. Una vez más, encuentro mi orientación en la exuberante cibercultura canina (www.seterlingshelter.org).

Los refugios del noreste de los Estados Unidos en general tienen pocos perros que pesen entre 5 y 6 kilos libras para satisfacer la demanda. Ser dueño (o guardián) de un perro de tamaño mediano, esterilizado, recuperado y obediente

otorga un alto estatus en buena parte del mundo canino de los Estados Unidos. Parte de este estatus proviene del orgullo por no haber sucumbido a los discursos eugenésicos que continúan pululando en los mundos de los perros de pura raza. La adopción de un perro callejero o abandonado, mestizo o no, difícilmente hace que este animal salga de los pantanos de las ideologías de mejora clasistas y culturales, las biopolíticas familiares y las modas pedagógicas. De hecho, el eugenésico y otros discursos de mejora de la vida “moderna” tienen tantos ancestros compartidos (y hermanos vivos) que el coeficiente de cruzamientos excede incluso a los de la cópula padre-hija.

Adoptar un perro de un refugio requiere mucho trabajo, una cantidad justa de dinero (no tanto como lo que cuesta preparar a los perros) y una disposición a entregarse a un aparato de gobierno suficiente como para activar las alergias de cualquier foucaultiano o libertario. Apoyo ese aparato —y muchos otros tipos de poder institucionalizado— para proteger a clases de sujetos, incluyendo a los perros. También apoyo vigorosamente la adopción de perros rescatados y de animales de refugio. Y entonces mi dispepsia para reconocer de dónde viene todo esto tendrá que ser soportada más que aliviada.

Los buenos refugios reciben muchas solicitudes de perros sato. Conseguir un perro de esta manera mantiene a la gente alejada de comprarlo en las tiendas de mascotas y de apoyar la demoledora industria de los cachorros. El refugio Sterling nos dice que el noventa y nueve por ciento de los cachorros llevados allí desde los Estados Unidos son perros medianos tirando a grandes, todos los cuales lograron la adopción. Muchos cachorros y jóvenes más bien grandes entraron al refugio de Sterling desde el *Homebound Hounds Program*, que importa perros arrojados a la basura al noreste en colaboración con

refugios del sur de Estados Unidos —otra área del mundo donde la ética de la esterilización de perros y gatos no está asegurada, cuando menos—. Aun así, la gente que busca perros de refugio más pequeños no tiene suerte en el mercado doméstico. Las estrategias para este aumento de la familia tienen diferentes requerimientos, locales y globales. Sin embargo, exactamente como con la adopción internacional de niños, no es fácil conseguir un perro importado. Entrevistas y formularios detallados, visitas al hogar, referencias de amigos y veterinarios, promesas de educar al perro apropiadamente, asesoramiento de entrenadores *in situ*, pruebas de la propiedad de la casa o documentación escrita por los propietarios manifestando que se permiten mascotas, y después largas listas de espera: todo esto y más es lo normal. El objetivo es un hogar permanente para los perros.

Los medios son un aparato de creación de parentesco que alcanza y suscita la historia de “la familia” de cualquier forma imaginable, literalmente. La prueba de la efectividad del aparato de las especies de compañía que genera familia se encuentra en un análisis narrativo breve. Las historias de éxito en la adopción normalmente se refieren a lo fraternal y otros parentescos multiespecies como mamá, papá, hermana, hermano, tía, tío, primo, padrino, etc. Los relatos de adopción de las razas puras hacen lo mismo y estos procesos de adopciones/posesiones implican mucha de la misma documentación y de los mismos instrumentos sociales antes de que uno pueda ser cualificado para tener un perro. Es casi imposible —y generalmente irrelevante— interpretar en estas historias a qué especie se refieren. Un ave mascota es la hermana de un nuevo perro; y el bebé humano, el hermano; y la gata mayor, la tía; todos están ligados en forma relacional con los adultos humanos de la casa como mamás y/o papás. La heterosexualidad no es pertinente; la heteroespecificidad sí.

Me resisto a ser llamada la “mamá” de mis perros porque temo la infantilización de los canes adultos y la identificación errónea del importante hecho de que quiero perros, no bebés. Mi familia multiespecies no se basa en la maternidad subrogada o de alquiler; estamos tratando de vivir otros tropos, otros metaplasmos. Necesitamos otros nombres y pronombres para los géneros de parentesco de las especies de compañía, precisamente, como hicimos (y todavía hacemos) para el espectro de los géneros. Excepto en la invitación a una fiesta o en una discusión filosófica, el *otro significativo*⁴ no hará referencia a los compañeros sexuales humanos; y resulta un poco mejor para alojar de los significados cotidianos de las parcheadas relaciones de parentesco en el mundo de los perros.

Pero quizá me preocupo demasiado por las palabras. Tengo que admitir que no está claro del todo que las expresiones de parentesco convencionales en uso en el mundo de los perros de los Estados Unidos se refieran a edad, especies o estatus reproductivo biológico (excepto para requerir que la mayoría de los no humanos sean estériles). La cuestión no está en los genes y eso seguramente es un alivio. La cuestión es hacer especies de compañía. Todo está en la familia, para bien y para mal, hasta que la muerte nos separe. Esta es una familia generada en el vientre del monstruo de las historias heredadas que tienen que ser habitadas para ser transformadas. Siempre supe que, si me quedaba embarazada, querría que el ser de mi útero fuera un miembro de otra especie; quizá eso acabe por ser la condición general. No son sólo los mestizos, dentro o fuera del tráfico internacional de adopción, los que buscan una categoría propia en la otredad significativa.

4 El término “significant other” es equivalente a “pareja” en inglés. (Nota de la edición)

Anhelo mucha más reflexión en el mundo de los perros sobre lo que significa heredar el legado multiespecies inexorablemente complejo que cruza las escalas temporales evolucionistas, personales e históricas de las especies de compañía. Cada raza registrada, de hecho, cada perro, está inmerso en prácticas y relatos que pueden y deben atar a la gente de los perros en miríadas de historias de trabajo vivo, deformaciones —de clase, elaboraciones de género y sexo, categorías raciales y otros estratos locales y globales. La mayoría de los perros de la Tierra no son miembros de razas institucionalizadas. Los perros de pueblo, los rurales y los perros callejeros urbanos acarrear su propia otredad significativa para la gente entre la que viven, y no sólo para la gente como yo. No son ni los perros callejeros ni los llamados en el “mundo desarrollado” perros de “razas aleatorias”, como los tipos funcionales de perros que emergen en economías y ecologías que han dejado de florecer. Los animales abandonados puertorriqueños llamados satos se convierten en miembros de las “familias para siempre” de Massachusetts fuera de las historias de complejidad y consecuencias pasmosas. En las naturoculturas actuales, las razas podrían ser medios necesarios, si bien con defectos profundos, para continuar con los tipos de perros útiles de los que provenían. Los actuales rancheros estadounidenses tienen que tener más miedo a los constructores de San Francisco o Denver que a los lobos, sin importar a qué distancia lleguen de los parques o de los nativos americanos, sin importar cuán efectivos sean en el juzgado.

En mi propia naturocultura personal e histórica, conozco en mis carnes que, en gran medida, la gente blanca de clase media de la tierra de los piris y los aussies tienen la responsabilidad, hasta ahora inarticulada, de participar en la reimaginación de las ecologías de las praderas y en formas de vida que fueron condenadas, en buena parte,

por las prácticas ganaderas que requerían el trabajo de estos perros. A través de sus perros, la gente como yo estamos atados a los derechos de soberanía indígena, a la supervivencia de la economía ranchera y ecológica, a la radical reforma del complejo de la industria cárnica, a la justicia racial, a las consecuencias de la guerra y la migración, y a las instituciones de la tecnocultura. Se trata, en palabras de Helen Verran, de “llevarse bien juntos”. Cuando la “raza pura” Cayenne, el “raza mixta” Roland y yo nos tocamos, encarnamos en nuestro ser las conexiones de los perros con la gente que nos hicieron posibles. Cuando acaricio al sensual gran Pirineo de mi compañera Susan Caudill, Willem, también toco a los lobos grises canadienses reubicados, a los enormes osos eslovacos y a la ecología de la restauración internacional, así como a los perros de exhibición y las economías pastoriles multinacionales. Junto con el perro en su totalidad, necesitamos el legado en su totalidad, lo cual es, después de todo, lo que hace posibles las especies de compañía en su conjunto. De forma no tan extraña, todas esas totalidades son nudos no euclidianos de conexiones parciales. Habitando ese legado sin la pose de la inocencia, podríamos tener esperanza en la creativa gracia del juego.



Fig. 8 El juego de Willem y Cayenne en La primavera de 2000.
Fotografía de La autora.

De *Notas de la hija de un periodista deportivo*, junio de 2000

Ms. Cayenne Pepper ha mostrado la verdadera esencia de su especie al fin. Es una klingon femenina en celo. Puede que no veas mucha televisión o no seas fan del universo Star Trek como yo, pero apuesto a que las noticias de que las féminas klingon son seres formidablemente sexuales, cuyos gustos llegan a lo feroz, les han llegado a cualquiera en la federación de planetas. El piri de nuestra tierra, el intacto Willem de veinte meses, ha sido el compañero de juegos de Cayenne desde que ambos eran cachorros, comenzando cerca de los cuatro meses de edad. Cayenne estaba esterilizada cuando tenía seis meses y medio. Ella siempre se ha tirado alegre y profundamente a los suaves y tentadores cuartos traseros de Willem, empezando por su

cabeza, con su nariz apuntando a su cola, mientras él yace en el suelo tratando de morder su pierna o de chupar rápidamente la zona genital de paso. Pero durante nuestra estancia de fin de semana del Día de los Caídos en la tierra de Healdsburg, las cosas se calentaron, por decirlo de forma suave. Willem es un adolescente espíritu masculino libidinoso, dulce y completamente inexperto. Cayenne no tiene una hormona de celo en su cuerpo (pero permítasenos no olvidar aquellas cortezas suprarrenales tan presentes bombeando lo que se ha denominado andrógenos, que tienen la reputación de encender el deseo de los mamíferos tanto en machos como en hembras). Ella es, sin embargo, una pequeña perra cachonda con Willem, y él está INTERESADO. Ella no hace esto con cualquier otro perro, “intacto” o no. Nada en su juego sexual tiene que ver con un comportamiento de apareamiento heterosexual remotamente funcional —no hay esfuerzos por parte de Willem para montarla, no hay presentación de unos atractivos cuartos traseros femeninos, no hay mucho olisqueo de genitales, no hay quejidos ni paseos, nada de toda esa parafernalia reproductiva—. No, aquí tenemos pura perversidad polimorfa, que es tan querida para los corazones de todos aquéllos de nosotros que llegamos a la mayoría de edad en los sesenta leyendo a Norman O. Brown.

Willem, de cincuenta kilos de peso, se tumba con una mirada brillante en los ojos. Cayenne, que pesa alrededor de quince kilos, lo mira extremadamente enloquecida mientras monta a horcajadas su área genital en lo alto de su cabeza, con su nariz apuntando hacia su cola, y presiona hacia abajo y menea su culo vigorosamente. Quiero decir fuerte y rápido. El intenta todo lo que puede alcanzar con su lengua sus genitales, lo que inevitablemente la desplaza de lo alto de su cabeza. Parece un poco como el rodeo, con ella montando un cimarrón y permaneciendo sobre él lo máximo posible. Ellos tienen objetivos ligeramente diferentes en este juego, pero ambos están entregados a la actividad. Seguro que es como el

eros para mí. Definitivamente no me deja boquiabierto. Mantienen el ritmo durante unos tres minutos hasta su exclusión por cualquier otra actividad. Después vuelven para otra ronda. Y otra. Mi risa y la de Susan, a pesar de ser estridente o discreta, no merece su atención. Cayenne gime como una fémina klingon durante la actividad, con los dientes al descubierto. ¿Recordáis cómo en muchas ocasiones la medio-klingon B'Elanna Torres en Star Trek Voyager llevó a su amante humano Tom Paris a la enfermería? La forma de jugar de Cayenne, oh Dios mío, vaya juego. Willem está muy compenetrado. No es un klingon, pero es lo que las feministas de mi generación llamarían un amante considerado.

Su juventud y vitalidad hace burla a la hegemonía reproductiva heterosexual, así como a las gonadectomías que promueven la abstinencia. Ahora yo, como todos los que hemos escrito infames libros sobre cómo los seres humanos occidentales proyectamos nuestros órdenes sociales y deseos sin escrúpulos sobre los animales, deberíamos comprender la situación más allá de sólo ver la confirmación del Love's Body [El cuerpo del amor] de Norman O. Brown en mi dinámica aussie esterilizada y en el talentoso perro guardián de campo de Susan con su gran, descuidada y aterciopelada lengua. Sin embargo, ¿qué más podría estar pasando? Pista: éste no es un juego de buscar o perseguir.

No, ésta es una coreografía ontológica, que es ese tipo de juego vital que inventan los participantes al margen de las historias del cuerpo y de la mente que heredan y que reelaboran en los verbos carnales que les hacen ser quienes son. Ellos inventaron este juego; éste juego los remodela. Metaplasmo, una vez más. Siempre regresa al sabor biológico de las palabras importantes. La palabra se hace carne en las naturoculturas mortales.

Bibliografía

- Ackerley, J. R. 1956. *My Dog Tulip*. Gran Bretaña: Secker and Warburg.
- Althusser, Louis. 1970. *Lenin and Philosophy and Other Essays*, Trad. Ben Brewster. Nueva York: Monthly Review Press.
- Clark, Mary T. ed. 2000. *An Aquinas Reader: Selections from the Writings of Thomas Aquinas*. Nueva York: Fordham University Press.
- Australian Shepherd Club of America. 1978. *Yearbook 1957—77*. Los Angeles: Australian Shepherd Club of America.
- . 1985. *Yearbook 1978—82*. Los Ángeles: Australian Shepherd Club of America.
- Black, Hal 1981. “Navajo Sheep and Goat Guarding Dogs: A New World Solution to the Coyote Problem.” *Rangelands* 3 (6): 235-38.
- Brown, Norman O. 1966. *Love's Body* Nueva York: Vintage.
- Budiansky, Stephen. 1992. *The Covenant of the Wild: Why Animals Chose Domestication*. Nueva York: William Morrow.
- Butler, Judith. 1990. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity and Bodies*. Nueva York: Routledge.
- Coetzee, J. M. 2001. *The Lives of Animals*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Coppinger, Raymond y Coppinger, Loma. 2001. *Dogs: A Startling New Understanding of Canine Origin, Behavior, and Evolution*. Nueva York: Scribner.
- Cuomo, Chris. 1998. *Feminism and Ecological Communities*. Nueva York: Routledge.
- Darwin, Charles, Paul Ekman y Phillip Prodger. 1998. *The Expression of the Emotions in Man and Animals*. 3a ed. Londres: Harper Collins. Publicado originalmente en 1872.
- de Bylandt, Conte Henri. 1897. *Les races de chiens, leurs origines, points, descriptions, types, qualités, aptitudes et défauts*. Bruselas: Vanbuggenhoudt iteres. Reimpreso en 2013.
- de la Cruz, Catherine. Entrevista con la autora, Santa Rosa, California, noviembre de 2002.
- . (s.f.) “GPRNC Profiles: Catherine de la Cruz.” <http://www.sonic.net/~cdlcruz/Rescue/RD/BoardProfiles/catherine.htm>. Consultado en agosto de 2015.
- Fender, Brenda. 2004. “History of Agility”. *Clean Run Magazine* (julio):32—36; (agosto):28—33;(septiembre):26-29.

- <http://www.cleanrun.com/index.cfm/category/702/history-of-agility.htm>. Consultado en agosto de 2015.
- Foucault, Michel. 1973. *Birth of the Clinic*. Trad. Alan Sheridan. Londres: Routledge.
- Freedman, Adam, et al. 2014. "Genome Sequencing Highlights the Dynamic Early History of Dogs." *PLoS Genetics* 10 (8): e1004631.
- Garrett, Susan. 2002. *Ruff Love*. South Hadley, Massachusetts: Clean Run Productions.
- Gilbert, Scott F. y David Epel. 2015. *Ecological Developmental Biology*. 2a ed. Sunderland, Massachusetts: Sinauer.
- Gillespie, Dair, Ann Leffler y Elinor Lerner. 2001. "If It Weren't for My Hobby I'd Have a Life: Dog Sports, Serious Leisure, and Boundary Negotiations." Artículo presentado en la American Sociological Association section on Animals and Society, Anaheim, California.
- Goldsworthy Andy y David Craig. 1999. *Arch*. Nueva York: Abrams.
- Great Pyrenees Library. <http://www.greatpyreneeslibrary.com/>. Consultado en agosto de 2015.
- Green, Jeffrey y Roben: Woodruff. 1999. "Livestock Guarding Dogs: Protecting Sheep from Predators. U.S. Department of Agriculture, Agriculture Information Bulletin, n° 588.
- Haraway Donna. 1985. *A Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century*". *Socialist Review*. Incluido en *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*. 1991.
- . 2008. *When Species Meet*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Hearne, Vicki. 1982. *Adam's Task*. Nueva York: Random House.
- . 1994. *Animal Happiness*. Nueva York: Harper Collins.
- . 1991. "Horses, Hounds and Jeffersonian Happiness: What's Wrong with Animal Rights?" *Harper's* (septiembre): 59-64. <http://harpers.org/archive/1991/09/whats-wrong-with-animal-rights/>. Consultado en agosto de 2015. Disponible online con un nuevo prólogo en www.dogtrainingarts.com.
- King, Katie. 1994. "Feminism and Writing Technologies." *Configurations* 2 (1): 89—106.
- Koehler, William R. 1996. *The Koehler Method of Dog Training*. Nueva York: Howell Book House.
- Latour, Bruno. 1993. *We Have Never Been Modern*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- . 2004. "Why Has Critique Run Out of Steam? From

- Matters of Fact to Matters of Concern.” *Critical Inquiry* 30 (2): 225—48.
- Margulis, Lynn. 1991. “Symbiogenesis and Symbioticism” en *Symbiosis as a Source of Evolutionary Innovation: Speciation and Morphogenesis*, ed. L. Margulis y R. Fester, 1—14. Boston: MIT Press.
- . y Dorian Sagan. 2002. *Acquiring Genomes: A Theory of the Origin of Species*. Nueva York: Basic Books.
- McCaig, Donald. 1984. *Nop's Trials*. Nueva York: Lyons Press.
- . . 1994. *Nop's Hope*. Nueva York: Lyons-Press.
- McFall-Ngai, Margaret. 2014» “Divining the Essence of Symbiosis: Insights from the Squid-Vibrio Model.” *PLoS Biology* 12 (2): e1001783.
- Morey, Darcy. 2010. *Dogs: Domestication and the Development of a Social Bond*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Mowatt, Twig. 2002. “Second Chance Satos” en *Bark* 20 (otoño).
- Noske, Barbara. 1989. *Humans, and Other Animals: Beyond the Boundary of Anthropology*. Londres: Pluto Press.
- Podberscek, Anthony L., Elizabeth S. Paul y James A. Serpell, eds. 2000. *Companion Animals and Us*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Princehouse, Patricia, (s.f.) “History of the Pyrenean Shepherd.” <http://pyrshep1.homestead.com/ps-history.html>. Consultado en agosto de 2015.
- Robbins, Jim. 2002. “More Wolves and New Questions, in Rockies.” *New York Times*, 17 de diciembre, D3. <http://www.nytimes.com/2002/12/17/science/more-wolves-and-new-questions-in-rockies.html>. Consultado en agosto de 2015.
- Rorem, Linda. 1987. “A View of Australian Shepheard History.” Stockdog Library. Publicado originalmente en *Dog World*. Revisado en 2007, 2010. <http://www.workingaussiesource.com/stockdoglibrary/rorem-history-article.htm>. Consultado en agosto de 2015.
- Russell, Edmund. 2004. “Introduction: The Garden in the Machine. Toward an Evolutionary History of Technology.” en *Industrializing Organisms: Introducing Evolutionary History*, ed. Susan Schrepfer y Philip Scranton, 1-18. Londres: Routledge.
- Save-a-Sato Foundation, www.saveasato.org. Consultado en agosto de 2015.

- Schwartz, Marion. 1997. *A History of Dogs in the Early Americas*. New Haven: Yale University Press.
- Scott, John Paul y John L. Fuller. 1965. *Genetics and the Social Behavior of the Dog*. Chicago: University of Chicago Press.
- Serpell, James. 1986. *In the Company of Animals: A Study of Human-Animal Relationships*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- ed 1995. *The Domestic Dog: Its Evolution, Behaviour, and Interactions with People*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Sharp, C. A. 1993—2014. *Double Helix Network News*. Producido de forma privada cuatro veces al año, Fresno, California.
- Australian Shepherd Health y Genetics Institute. <http://www.ashgi.org/home-page/about-ashgi/board-of-directors/ca-sharp>. Consultado en agosto de 2015.
- Smuts, Barbara. 2000. “Encounters with Animal Minds.” *Journal of Consciousness Studies* 8 (5—7): 293-309.
- 2008. “Between Species: Science and. Subjectivity.” *Configurations* 14 (1—2): 115—26.
- Strathern, Marilyn. 1991. *Partial Connections*. Lanham, Maryland: Rowman and Littlefield.
- Tadiar, Neferti. 2009. *Things Fall Away: Philippine Historical Experience and the Making of Globalization*. Durham, Carolina del Norte. Duke University Press.
- Thompson, Charis. 2005. *Making Parents: The Ontological Choreography of Reproductive Technologies*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press.
- Tinbergen, Niko. 1953. *The Herring Gull's World*. Londres: Collins.
- Tsing, Anna. 2012. “Unruly Edges: Mushrooms as Companion Species.” *Environmental Humanities* 1: 141-54.
- Verran, Helen. 2001. *Science and an African Logic*. Chicago: University of Chicago Press.
- 2014. “Working with Those Who Think Otherwise.” *Common Knowledge* 20 (3): 527—39.
- Vila, Carles, J. E. Maldonado y R. K. Wayne. 1999. Phylogenetic Relationships, Evolution, and Genetic Diversity of the Domestic Dog.” *American Genetics Association* 90: 71-77.
- Weisser, Linda. 2000. Entrevista con la autora, Olympia, Washington, diciembre 29—30.
- “Weisser, Linda, 1940—2011.” *Great Pyrenees Club of America Bulletin* (2ºcuarto): 12-13. <http://gp-caonline.org/PDF/GPCA%20Q2%202011%20Bulletin.pdf>. Consultado en agosto de 2015.

- Whitehead, Alfred North. 1929. *Process and Reality*. Nueva York: Macmillan.
- Wilson, Cindy C. y Dennis Turner, eds. 1998. *Companion Animals in Human Health*. Thousand Oaks, California: Sage.
- Woolf, Virginia. 1929. *A Room of One's Own*. Oxford, Reino Unido: Oxford University Press.